

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID.

EDAD GEOLÓGICA

DE LAS

ISLAS ATLÁNTICAS

Y SU RELACIÓN CON LOS CONTINENTES,

POR

D. SALVADOR CALDERÓN.

I.

EXPOSICIÓN DE LA CUESTIÓN.

En todos tiempos ha llamado singularmente la atención de los geógrafos y de los geólogos esa curiosa serie de islas dispersas entre Europa, Africa y América, cuya conexión entre sí y con las tierras más próximas en la presente y en las pasadas edades del mundo suscita tantos problemas. Porque se comprende sin esfuerzo cuando se trata de mesetas como el Ceilan y Madagascar, en el mar de las Indias, ó de los arrecifes madreporicos del Pacífico, que las unas deben su origen á antiguas tierras hundidas, así como los segundos son la obra de millares de celentéreos; pero en el caso de las islas volcánicas la relación de estas entre sí y con los continentes, constituye un asunto de investigación tan interesante como oscuro.

Las Azores, la Madera, Canarias, Cabo Verde y otras islas menos importantes, que en unión con las anteriores, llamaremos atlánticas para designarlas con un nombre colectivo, son

los representantes por excelencia del último caso, es decir, de las que se encuentran lejos de las costas y no ofrecen con ellas relaciones submarinas. ¿Pero ha sucedido lo mismo en otras épocas y son ó nó por consiguiente restos de tierras en otro tiempo ligadas con aquellas y luego sumergidas? Tales son las cuestiones que, aunque en íntima conexión con la geografía actual, solo pueden resolverse conociendo la edad geológica de las montañas marinas á que nos referimos, cuyo problema vamos á tratar de plantear en este bosquejo.

Eminentes naturalistas han considerado diversos aspectos parciales de la cuestión, cada uno de los cuales es por sí de tal trascendencia que ha dado lugar á controversias fecundas en alto grado para el progreso de la ciencia del globo. Y, como á pesar de la importancia notoria de esta parte histórica del problema, no sabemos haya sido todavía objeto de un trabajo de conjunto, juzgamos indispensable exponerla, siquiera sea con brevedad, para fundar en ella ulteriores consideraciones.

Hemos tratado, ante todo, de clasificar las teorías aludidas según la manera como explican el significado y edad geológica de las islas atlánticas y creemos pueden referirse á tres puntos de vista capitales: el de los que ven en ellas los restos de antiguos continentes; el de los que las consideran como emisiones volcánicas por grietas submarinas levantadas después (y por consiguiente obra exclusiva de la época terciaria) y el de los que, sin negar que la parte superior es volcánica y terciaria, estiman que descansa sobre una base preexistente, que no es un continente antiguo, sino una arruga plutónica del fondo del mar. Examinemos cada una de estas soluciones.

II.

LAS ISLAS ATLÁNTICAS COMO RESTOS DE CONTINENTES.

Dos teorías diferentes corresponden al primer punto de vista, ó sea al que considera las islas y archipiélagos á que se refiere el presente ensayo como restos que han quedado emergidos de antiguas masas hundidas en el seno del mar, supo-

niendo cambios profundos en la distribución de tierras y mares en un período relativamente moderno. Estas dos teorías, que á menudo suelen confundirse, tienen, sin embargo, un alcance muy diferente, y son la de la Atlántida y la de un continente, prolongación de Europa y Africa que uniría á ambas al SO. de España.

La interesantísima hipótesis de esa Atlántida ó comunicación del viejo con el nuevo Mundo hasta la mitad de la época cuaternaria, ha sido invocada diferentes veces por los naturalistas como explicacion de variados problemas que expondremos sumariamente. Como se sabe, el nombre y la primera indicación de tal continente se debe á Platón, que aunque de oídas, habla con detalle de una isla que existió delante del Estrecho donde se levantaban las columnas de Hércules y en términos más vagos de tierras situadas más allá de ella, atribuyendo la desaparición de unas y otras á grandes terremotos é inundaciones que las tragaron y con ellas al ejército griego que se cuenta estaba allí á la sazón.

Una tradición semejante, aunque digna de examen para el historiador, no valdría la pena de ser tomada en consideración por el geólogo si no hubiera sido acogida como una revelación por algunos científicos para explicar por su medio ciertas analogías de fauna, flora, industrias prehistóricas y costumbres de pueblos situados á uno y otro lado del Atlántico. De todos estos problemas el que ha sido tratado con más seriedad es el referente á la geografía botánica, que solo expondremos brevemente por hallarse recopilado en una obra de Lyell (1) conocida de cuantos se interesan por estos estudios.

Saben los geólogos que la flora miócena de Europa ha revelado, sobre todo en Suiza, que es donde se ha podido reconocerla mejor, una riqueza y variedad muy superior á la actual, rivalizando en este concepto con las de las regiones tropicales, y con la singular particularidad, de existir en ella tipos genéricos que hoy dia son peculiares de las floras de América, Africa, Asia y Australia, es decir, de las partes del globo más ale-

(1) *Éléments de Géologie*; trad. franc., t. I.

jadas entre sí. Insistiendo Unger en Alemania y más tarde Heer en Suiza en estas investigaciones paleontológicas, hubieron de notar la proporción considerable de géneros americanos que existía en la flora miocena europea, y tratando de dar razón de esta coincidencia llegó á imaginar el primero y á apoyar el segundo que si la cuenca actual del Atlántico hubiese estado ocupada en otro tiempo por una tierra firme, las plantas americanas hubieran podido pasar por ella á Europa é ir desapareciendo de esta última cuando cambiaran las condiciones propicias para su desarrollo (1). Ciertos géneros americanos comunes al mioceno de Europa y á las floras de Madera, Porto-Santo, Canarias y Azores acaban de completar la teoría de Heer, hallando en estas islas atlánticas la representación de restos del antiguo y desaparecido continente en el que una vegetación continua se extendería de E. á O.

Análogas afinidades en punto á la fauna han hecho apelar á Leydy y á otros paleontólogos á la suposición de la unión referida hasta el período cuaternario, si bien admitiendo que las actuales diferencias de las faunas y floras europea y norteamericana indican que la separación se operó desde hace mucho tiempo. Citan en su apoyo el hallazgo en el cuaternario de América de mastodontes, cuyo género se hallaba extinguido en nuestro continente antes del fin del período plioceno, así como restos del *Elephas primigenius*. Análogas indicaciones se han hecho por algunos en punto á los instrumentos prehistóricos de la época llamada cheleana del drift americano y europeo que, en concepto de Mortillet (2), proporcionan una prueba irrecusable de dicha comunicación, coincidiendo en un todo con la opinión de P. Gaffarell, que parece este sin embargo desconocer, el cual explicaba de igual suerte las afinidades en idioma, religiones, industrias, etc., entre americanos, irlandeses, iberos, etruscos y egipcios (3).

(1) Heer y Gaudin. *Recherches sur le climat et la végétation du pays tertiaire*, 1862.

(2) *Le préhistorique antiquité de l'homme*, 1883 (*Bibl. des scienc. contemp.*)

(3) La idea de esta juntura se hace tan necesaria á algunos naturalistas, que han llegado hasta suponer la existencia de un inmenso puente de hielo en la épo-

Sin entrar en detalles en punto al valor de cada una de las razones aducidas por los partidarios de la Atlántida, solo mencionaremos dos objeciones graves que se han hecho á esta teoría: la del doctor Asa Gray y la de Lyell.

El primero ha sostenido con copia de datos que la citada emigración de la flora se ha verificado en una dirección opuesta á la imaginaria Atlántida por un camino cuatro veces más largo á través de la América y del Asia hasta llegar á Europa, haciendo notar, entre otras cosas, que las plantas del mioceno de Suiza se parecen mucho más á las del Japón que á las que viven actualmente en ella, en las cuales se observa una afinidad tanto mayor con las miocenas, cuanto más nos acercamos á la región oriental de Europa. Naturalmente que esta hipótesis supone una comunicación en la época terciaria á través del estrecho de Bering: pero tal enlace, mucho más sencillo que el colosal á través del Atlántico que há menester la otra teoría, se concibe fácilmente por la existencia de esos grupos de islas, como las Aulentianas y las Kuriles, cuya prolongación uniría el Japón, la China y la Kamtschatka.

Lyell, por su parte, ha notado lo considerable de las profundidades en los puntos que Heer suponía emergidos durante el período terciario y parte del cuaternario, según su carta ideal de la Atlántida, lo cual implica un movimiento prodigioso de descenso operado en un período comparativamente muy corto, concluyendo, mediante un razonamiento muy fundado, que el tiempo invertido por la fauna y la flora en recorrer el camino desde Europa á América, ó el inverso, á través del Asia, es una fracción harto pequeña comparada con el requerido para producir el gran hundimiento que implica la teoría de la Atlántida miocena.

Esta y otras hipótesis del mismo género, han podido preva-

ca glacial entre los dos mundos, puente que hubiera permitido á los animales pasar de un continente á otro. A parte de que esta hipótesis no explicaría, en todo caso, más que el transporte de los grandes mamíferos, pero no el de las conchas terrestres y el de los vegetales, tendría solo aplicación á las afinidades de la fauna de la época glacial y no á las del mioceno con la fauna americana, en cuyo punto radica en verdad la esencia de la cuestión.

lecer hasta que la ciencia ha llegado á la alta y verdadera concepción de la constancia en los principales rasgos de las cuencas oceánicas, no ya solo durante largos períodos, sino desde las primeras formaciones sedimentarias depositadas en el mundo. Durante el efímero reinado de las ideas de Elie de Beaumont pudo acogerse con entusiasmo la hipótesis de una Atlántida situada en la prolongación del eje volcánico mediterráneo en su intersección con el eje atlántico, asentándose en esa zona, según sus palabras, todavía vacilante y mal consolidada, que va desde la Persia á Lisboa. Según semejante punto de vista, la desaparición del imaginado continente se refiere á un último trastorno general que dió por resultado la formación simultánea de los tres ejes volcánicos trirectangulares del Mediterráneo, del Tenaro y de los Andes.

No entraremos en el debate de este punto, que implicaría el de la teoría entera de Elie de Beaumont, asunto vasto y complicado é inútil además tratándose de hipótesis que ya sólo tienen importancia en la historia de las ideas científicas, pero que casi ningún naturalista moderno admite ni toma en cuenta, y pasaremos, desde luego, al siguiente aspecto de la cuestión (1).

(1) Recientemente uno de nuestros más ilustres geólogos, D. Federico Botella, ha expuesto y defendido la posibilidad de la teoría de la Atlántida, realizando el axioma de que las causas débiles necesitan los defensores más fuertes. (*Apuntes paleogeográficos*; BOLETÍN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA; t. XVI, pág. 226 y siguientes.) El cataclismo que la hizo desaparecer, produjo, según él, entre otros efectos, la ruptura de una extensión de 1.200 km. en nuestras costas desde Aveiro á Avilés, en cuyos escarpes cree reconocer que la invasión de las olas es reciente, y que dicha costa es la superficie de fractura de una mitad que estaba unida con otra extensión de territorio.

No se contenta con lo dicho el Sr. Botella, sino que nos presenta el plan realizado de todas las maravillas consiguientes á la existencia de la Atlántida con el solo auxilio de un movimiento de elevación que estima relativamente pequeño, un ascenso de 2.000 brazas, que equivaldría á lo sumo al levantamiento de la cordillera cántabro-pirenáica. Variarían con él los límites actuales de los mares y de los continentes, apareciendo Francia, Inglaterra, Irlanda, la Escocia y la Finlandia, unidas con la Groenlandia, el Labrador, el Canadá y Terranova; en el continente americano se enlazarían las grandes y pequeñas Antillas con la Barbada y Venezuela y, dividiéndose el Atlántico, se alzaría una vasta península extendida desde el 60º paralelo hácia el S. hasta el 20º, que ligaría las Azores con el continente boreal;

A este se refiere la teoría del eminente geólogo E. Forbes (1), que ve en los archipiélagos oceánicos en cuestión los últimos restos de una tierra firme que enlazaba en el período plioceno la Europa occidental con el N. de Africa. Sus estudios paleontológicos sobre los faluns del centro de Europa y otras valiosas contribuciones que se le deben referentes al mismo particular, no han salvado, sin embargo, á tan distinguido naturalista de un cierto olvido que creemos injustificado hácia sus originales puntos de vista. Si estos se hubieran limitado á probar la pasada existencia de esa tierra y de pequeños cambios continentales en la época cuaternaria, sin querer comprender en tal extensión las islas atlánticas, no podríamos hablar de Forbes más que para adherirnos á su opinión en un todo, puesto que ha sido confirmada varias veces en lo tocante á la primera afirmación. Buena prueba de ello es que el Sr. MacPherson, en uno de sus más bellos trabajos sobre el Mediodía de España (2), ha notado una abundancia de materiales venidos con los transportes diluviales á las playas de la provincia de Cádiz hasta una altura de 200 metros procedentes, sin duda, de tierras que debieron existir al Mediodía de aquellas. Por otra parte, la unión de España con Marruecos durante la época cuaternaria, se deduce también de los hallazgos prehistóricos y paleontológicos realizados junto á Madrid en el cerro de San Isidro, entre cuyo diluvium se han reconocido los restos del *Elephas africanus* (3).

Lyell (4), refutando con no poca razón á esta, como á la an-

España, en fin, como nota el mismo citado geólogo, prolongaría sus costas hasta alcanzar las Canarias y el Cabo Verde, que se unirían entre sí y formarían parte, del Africa.

Un levantamiento semejante, regular y simultáneo en una extensión tan enorme es sólo una pura concepción ideal, sin análogo en ningún período geológico, y que solo puede presentarse como un medio de dar idea de la posibilidad de ciertos enlaces entre masas continentales hoy aisladas, pero no en pró del que la Atlántida supone.

(1) *Mem. of geol. Survey, etc.*, 1816.

(2) *Bosquejo geológico de la provincia de Cádiz*, 1873.

(3) Prado.—*Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*, 1864; y Lartet.—*Materiaux pour l'histoire de l'homme*, 1868.

(4) *Principles of Geology*, t. II.

terior teoría, la consecuencia de que las Azores, la Madera y las Canarias, puedan considerarse como representantes de un terreno continuo, hace notar las grandes profundidades que entre estas diversas regiones existen. «Semejantes depresiones, dice, necesitan un conjunto de modificaciones de tal modo considerables desde el fin de la época miocena, que parece inadmisibles, teniendo en cuenta lo que se sabe sobre la constancia de los continentes y de las cuencas oceánicas durante largos períodos geológicos.»

El examen de los corales á uno y otro lado del Atlántico y en el Pacífico ha llevado al Dr. Duncan (1) á negar, no sólo la imaginada barrera de que antes hablábamos, sino la del istmo de Panamá durante el período mioceno, explicándose así las curiosas afinidades de la fauna coraliana de los faluns de Viena, Burdeos y Turín, con los del Pacífico. Supon^e, en cambio (y por esto hacemos mérito especial de su opinión, que viene á constituir como una nueva teoría dentro del punto de vista asunto de este capítulo), que en los tiempos terciarios existían en el Atlántico islas numerosas grandes y pequeñas, como se ven hoy en las partes abundantes en corales en los Océanos Pacífico é Indico. Quizás esta teoría explica de un modo sencillo y satisfactorio ciertos casos de emigración de formas, sin tener que apelar, al menos para muchas, á otros cambios continentales poco verosímiles ni prejuzgar nada sobre los supuestos en las islas atlánticas.

III.

LAS ISLAS ATLÁNTICAS COMO PRODUCCIONES VOLCÁNICAS.

La opinión corriente sobre la edad de las islas atlánticas es la que las considera como productos aislados entre sí, obra sin precedentes de la época terciaria y, en general, comenzada bajo el mar y terminada después cuando han llegado á su actual nivel. Fúndase esta afirmación, principalmente, en la natura-

(1) *Quart. Geol. Journ.*; vol. XIX.

leza volcánica de tales islas, que cuantos geólogos las han estudiado se han esforzado de consuno en establecer. Así sabemos ya, sin género de duda, que las Azores forman una doble serie de montañas eruptivas; que la Madera posee un cráter principal, el Curral, profundamente desgastado por la acción atmosférica, y numerosos volcanes accesorios; que las siete islas Canarias, que son de igual procedencia, están dominadas por la más famosa, Tenerife, que lo es por su gran Pico de 11.433 piés de altura, y que las islas de Palma y Gran Canaria poseen volcanes arruinados; que las islas de Cabo Verde, en número de catorce, son asimismo eruptivas, etc. Tratándose de las pequeñas no descritas con tanto pormenor, ha sido formulado como ley por Darwin (1) que todas son ó volcánicas ó coralianas. En fin, Scrope (2) y Daussy (3), habían probado antes que él la existencia de vastas regiones eruptivas en tiempos históricos en el medio del Atlántico.

No está todavía bastante dilucidado el sistema de orientación general de las islas atlánticas, si es que este existe. Parece á primera vista que reina la mayor variedad en punto al modo de hallarse relacionadas, aisladas unas, como la de la Madera; en grupos otras, ya irregulares, como las del Cabo Verde, ya regulares y dispuestos alrededor de un volcán central, caso muy raro y del que, sin embargo, se citan como ejemplo las Canarias, donde el Pico de Tenerife forma el eje de las siete islas que se han desarrollado en torno suyo. Pero, aun dominando para cada grupo su plan de orientación particular, pudiera existir uno general en el conjunto de las islas atlánticas, al modo como en cada uno de ellos es dado reconocer, en ocasiones, sistemas particulares correspondientes á distintas épocas. En La Palma, las erupciones más frecuentes que han sucedido á las de los antiguos volcanes de su región N., han tenido lugar de N. á S., manifestándose en esta corta cadena (en la que se asienta el gran volcán de Verigojo), la disposición

(1) *Geological observations on volcanic Islands*, 1844.

(2) *On volcanoes*.

(3) *Compt. rend.*, 1838.

lineal, tan clásica en los Andes. El memorable barón de Buch (1), encuentra en Canarias un plan general de dos ejes rectangulares, uno NO. y otro NE., así como Dana (2) presenta las Azores bajo uno trasversal, en que el eje principal, orientado de ONO., es cruzado tres veces rectangularmente por los de un sistema secundario.

Fuera de tales enlaces ideales, por decirlo así, la observación no ha podido confirmar otros más reales por medio de los sondeos realizados entre los grupos ni entre estos y los continentes más próximos, lo cual, no solo no es de extrañar, sino que constituye un carácter general de las islas volcánicas.

Las rocas dominantes en estos archipiélagos é islas, aunque eruptivas y terciarias en su mayoría, difieren bastante entre sí dentro de cada uno de ellos por su composición, aspecto y estructura para que puedan considerarse como el resultado de una sola emisión. Tan importante afirmación se encuentra perfectamente comprobada y no cabe el menor género de duda de que se trata de una larga y discontinua serie de fenómenos eruptivos, respecto á cuyas épocas inicial y terminal, se ha llegado á una completa certeza, merced á los datos puestos en claro por diferentes geólogos.

Por lo que á la época en que comienza esta historia se refiere, Lyell y Hartung han tenido la suerte de fijarla, hallando en los lechos más antiguos de las tobas de San Vicente (Madera) depósitos submarinos contemporáneos del mioceno superior, como lo ha demostrado la determinación de las abundantes conchas y equinodermos, que las tobas en cuestión encerraban. Una formación semejante constituye el asiento de la vecina isla de Porto Santo, en la que, como en la anterior, las capas marinas están cubiertas por lavas de origen aéreo, y el mismo hecho se encuentra comprobado en Gran Canaria, en las inmediaciones de la linda ciudad de Las Palmas, cuyas tobas fosilíferas se suponen contemporáneas de las rocas volcánicas más antiguas de la región.

(1) *Descript. phys. des îles Canaries*. Trad. franc. por M. C. Babilanguer, 1838.

(2) *Manual of Geology*, New York, 1875. (Véase la fig. 29.)

La historia de las erupciones que han formado el relieve de las islas atlánticas, resulta, por consiguiente, divisible en dos períodos: uno submarino, que comienza en los tiempos miocenos, otro aéreo (ó sub-aéreo, como suelen decir los geólogos), que en no pocas ocasiones puede asegurarse no ha terminado todavía sus erupciones, y dígalo Tenerife, cuya última recrudescencia se remonta al año 1783, Lanzarote, Palma, San Miguel y otras de fecha conocida. Las manifestaciones finales de esta energía eruptiva son los campos de erizada lava arrojada en tiempos relativamente modernos y siempre al aire libre, que en Canarias, como en América, reciben el nombre de *malpaisés*. En la Gran Canaria son anteriores á la época de la conquista, como demostramos en otro lugar (1), lo que indica que allí el volcanismo parece extinguido y casi puede decirse otro tanto de todo el archipiélago, pues ya solo se da á conocer en él, cuando lo hace, por manifestaciones agonizantes. En este caso se encuentran las diferentes fuentes termales que brotan aisladamente en determinados puntos, como las del barranco de San Antonio, que mana, según Humboldt (2), á 15°,4, y la de la cima, que lo hace á 80°, según Cordier (3); las fumarolas del Pico de Teide y los depósitos silíceos, debidos á vapores de un cráter de Lanzarote, que datan de 1731, citados por de Buch, y, como ellos, otros análogos del Teide y de Gran Canaria, dados á conocer por Cordier los primeros, y por nosotros los segundos (4).

Entre dichos extremos cronológicos, es decir, el mioceno y los tiempos históricos, la energía volcánica se ha desplegado con sorprendente vigor en las islas atlánticas, hasta dar lugar á series de formaciones potentes, cuyo espesor no baja de 600 metros casi nunca, y que en la Gran Canaria es de 1 200 á 1 500.

(1) *Reseña de las rocas de la isla volcánica Gran Canaria.*—*Anal. de la Sociedad españ. de Hist. nat.*, t. IV, 1876.

(2) *Relat. hist.*, t. I.

(3) *Journ. de phys.*, t. LXVII.

(4) *La evolución en las rocas volcánicas en general y en las de Canarias en particular.*—*Anal. de la Soc. españ. de Hist. nat.*, t. VIII, 1879.

Dos importantes puntos de la historia geológica de todas estas islas íntimamente enlazados entre sí, son los referentes á la intermitencia y discontinuidad de las erupciones que en el largo período indicado han ido formando su masa, y á la pluralidad de aberturas, por las cuales se han derramado al exterior. El célebre Pico de Teide manifiesta, desde luego, en su forma general, las dos circunstancias en cuestión: es un inmenso cráter arruinado, en el fondo del cual se eleva el Pitón, y cerca del cual se reconocen conos de erupción más pequeños, como la Rambleta, cuyas corrientes, de diversa edad, se distinguen por sus diferentes colores (1). Lyell ha reconocido en la isla de La Madera la prueba de los grandes intervalos de tiempo que han mediado entre las apariciones de los distintos mantos de lava. Cita, como localidad clásica para esta investigación el Porto da Cruz, en la costa septentrional, donde rocas blanquecinas en lechos solo ligeramente inclinados, han rellenado en parte valles excavados profundamente en materiales más antiguos; estos discuerdan con las anteriores por estar levantados hacia el N., bajo un ángulo de 10°, y son los que cubren los estratos fosilíferos de que hemos hablado precedentemente. El sistema general, aquí como en las demás islas, consiste en picos primitivos centrales, reducidos luego, por denudación, á esqueletos más ó menos completos de conos y á niveles inferiores, otros conos, más modernos, asentados frecuentemente en las cercanías del mar y más regulares que los antiguos. La multitud de erupciones independientes que constituyen mantos localizados, cuya extensión no pasa de 400 m., ó aún menores, que en todos estos archipiélagos encuentra el expedicionario, es debida á los conos secundarios que, á diferencia de los otros, rara vez están atravesados por esos diques que proporcionan otra prueba más de la sucesiva intervención de los agentes eruptivos en la fábrica de semejantes montañas marinas.

Difícil es dar una idea suficiente con la brevedad con que

(1) Véase la obra y atlas de Fritsch, Hartung y Reiss: *Tenerife geol. topograph. dargestellt. Ein Beitrag. zur Kennt. der vulc. Gebirge.*, Winterthur, 1867.

vamos trazando esta exposición, de todas las rocas componentes de las islas atlánticas, porque entre ellas se cuenta la casi totalidad de las especies volcánicas conocidas. Con todo, para hacer más comprensibles las consideraciones precedentes y las que han de seguirlas, diremos aquí solo dos palabras relativas á la esencial característica de las principales familias de rocas de tales formaciones.

Bajo el punto de vista de sus elementos mineralógicos son sumamente sencillas dichas rocas: redúcense sus componentes esenciales al sanidino, á la plagioclasa, á la que se refieren los feldespatos triclinicos, la nefelina, la augita, el anfíbol y el olivino. Estos minerales no se combinan indistintamente, sino que lo hacen dando lugar á dos grandes series: una sanidínico-anfibólica, otra plagioclasico-augítica. La primera está representada por la *traquita*, que corresponde al tipo de composición del grupo, y por la *fonolita*, en cuya pasta entran además la nefelina, ó la haüina y el nosean, con otras sustancias accesorias. La segunda serie comienza con la *andesita anfibólica*, compuesta de oligoclasa, anfíbol y magnetita; la *andesita augítica*, en la que la augita reemplaza al anfíbol; la *tefrita*, en cuya pasta se unen la plagioclasa y la nefelina á la augita; el *basalto nefelínico*, de nefelina con augita y olivino; el *basalto feldespático*, en el que el feldespato triclinico sustituye á la nefelina del anterior; y, por último, la *limburgita*, en la que todo elemento feldespático desaparece para quedar reducida á un agregado de augita y olivino (1).

Las mencionadas rocas no se alternan indiferente y caprichosamente ni las de la serie sanidínico-anfibólica reposan sobre las de la serie plagioclasico-augítica, sino siempre al contrario. Sea que los basaltos se depositaran sobre las traquitas bajo la forma de envolturas uniformes que luego se hayan roto y derrumbado en las cimas, ó sea que en las partes bajas de un núcleo traquítico preexistente se abrieran paso volcanes que manaran las rocas augíticas mencionadas, ello es que la

(1) Calderón — *Nuevas observaciones sobre la litología de Tenerife y Gran Canaria*. — *Anal. de la Soc. españ. de Hist. nat.*, t. ix, 1880.

constitucion general de estas islas revela por regla general un núcleo de la primera serie descubierto en los puntos más elevados de ellas y envuelto por la parte que ciñe el mar por materiales basálticos, los cuales se hallan á igual altura en las diferentes islas.

La explicación de hecho tan importante ha dado lugar á dos trascendentales teorías. Scrope funda una de estas (1), que expone en términos generales, pero que luego de Buch aplicó á Canarias, en la observación de que los minerales más abundantes en el basalto tienen un peso específico superior á los constitutivos de las lavas traquíticas: el hierro titanado es notable en este concepto, y el anfíbol, el piroxeno y el olivino son mucho más pesados que el agua, en tanto que los feldespatos no llegan á serlo dos veces y media. Es evidente que mezcladas y fundidas estas materias se colocarían en orden de sus densidades, y que arrojadas entonces al exterior, saldrían primero las más feldespáticas (traquitas), después las augíticas y ferruginosas (andesitas), y en fin, las olivínicas (basaltos), y que al consolidarse el todo, quedarían superpuestas las segundas á las primeras.

Lyell y S. C. Deville han atacado esta teoría; el primero, citando excepciones que no nos parecen convincentes, y el segundo proponiendo otra explicación de que daremos cuenta sumaria. Supone este geólogo (2) que se han sucedido en Canarias tres épocas de *actividad tranquila*, según su expresión, correspondientes cada una á un enorme período de tiempo: las dos primeras, caracterizadas por la naturaleza del feldespato mono ó triclinico que en ellas domina, constituyen en general el período submarino, al paso que el último es el aéreo. Pero en este distingue una fase anterior á la aparición del Pitón del Teide y otra posterior á ella, separadas estas por un levantamiento general. Más adelante hace notar que erupciones entre las que median períodos de dos siglos, han dado productos diferentes. Todos estos hechos son explicados

(1) *Geol. trans.*, Segunda serie, t. II.

(2) *Voyag. géol. aux Antilles et aux îles de Tenerife et de Fogo*, 1849.

por él como la consecuencia de los diversos sistemas de fracturas ó grietas á través de las cuales manaron dichas materias volcánicas, suponiendo que á cada sistema debe haber correspondido la erupción de una roca particular.

Entre las dos precedentes teorías no vacilamos en preferir como más sencilla y natural la de Scrope, según la cual la actividad del foco volcánico, independientemente de sus erupciones, ha persistido empleándose en trabajos de elaboración no interrumpidos. El orden de densidades es, en efecto, á la par el orden de aparición, circunstancia no explicada por S. C. Deville, y menos todavía la de que de unos á otros tipos haya siempre transiciones graduales, que indican que si bien las erupciones han podido ser de distinta época, el trabajo de formación de la materia lávica en las cavernas de la corteza terrestre ha debido ser uno solo y no interrumpido. Por eso las fonolitas pasan á las andesitas y llegan á tener caracteres intermedios hasta indecisos (Tafira, Las Rehojas, en Gran Canaria); la andesita obsidiánica se transforma en liparita; las traquitas se cargan de plagioclasa muy á menudo hasta convertirse casi en andesitas, y así sucesivamente se observan los tránsitos de todas las familias hacia sus más inmediatas.

Llegamos á la última serie de cuestiones despertada por el estudio de las islas atlánticas que tiene relacion con el problema que motiva este ensayo y se refiere esta al modo como han alcanzado semejantes montañas marinas su elevación actual. Es sabido que el pico de Tenerife, cuya altura hemos citado, figura entre las grandes cimas del globo y en el mismo archipiélago existen otras sumamente considerables, como los picos de Palma, que pasan de 2.000 m., y las de la parte central de Gran Canaria, donde hay altitudes de 1.820 m., debiendo suponerse que su cumbre, que hoy aparece denudada, alcanzaría, á hallarse íntegra, una harto mayor.

La geología ha demostrado ya de una manera que no deja lugar á duda, que los volcanes se forman por sus propias eyecciones y que su elevación como su magnitud están en función de su poder eruptivo; pero no bastarían estas afirmaciones para dar cuenta de la altura actual de muchos picos de

las islas atlánticas, si no supiésemos que la acción del levantamiento se combinó á la eruptiva, siendo simultáneas en parte y habiendo continuado la primera aun después de extinguidas las manifestaciones volcánicas, por lo menos las importantes. Este punto es de tal interés para nuestro aserto, que ha de permitírse nos citar algunos ejemplos.

En las islas de La Madera y Porto Santo las rocas más antiguas que se conocen son de origen volcánico y submarino, y probablemente de la época del mioceno superior. En la costa septentrional de La Madera, en San Vicente, las tobas y calizas que integran en esta formación se alzan también á más de 360 m. sobre el nivel del mar, cuyo levantamiento data por lo menos del principio de la acción eruptiva en la comarca, como observa Lyell. Una vez emergido el primer núcleo volcánico, pudo suceder un período de larga calma en que se formara tierra vegetal y se cubriera de plantas, y venir luego erupciones aéreas á reposar sobre las anteriores. Tal es lo que se observa en Palma y La Madera, donde apenas se ve á la superficie más que esta última clase de productos volcánicos. Los descubrimientos de Smith, Lyell y Hartung en la segunda isla son concluyentes, pues se refieren á restos de dicotiledóneas, helechos y otras plantas de la flora de esta región halladas bajo mantos basálticos.

Los mismos datos han podido comprobarse, aunque en escala más reducida, en la isla de Gran Canaria, donde el mioceno superior se encuentra representado cerca de Las Palmas por tobas fosilíferas intercaladas en lechos eruptivos, que en la playa forman pintorescos acantilados de 90 m. de altura, indicando en puntos más interiores una elevación hasta de 235 sobre el nivel del mar. Se supone, aplicando los expuestos razonamientos y por idénticos motivos, que estas tobas son contemporáneas de las rocas más antiguas de la isla, y como en los casos antes citados, están cubiertas de lavas sub-aéreas.

En fin, para no multiplicar más los ejemplos, las Azores han ofrecido á Hartung (1) iguales capas fosilíferas miocenas,

(1) *Die Azoren*, 1860.

con intercalaciones que permiten descubrir la huella de estos levantamientos seculares.

Estudiando nosotros la singular accidentación del interior de Gran Canaria, nos inclinábamos á ver en ella la obra de la denudación marina reforzada y enmascarada luego por la erosión atmosférica, y notábamos que todo indicaba que la primera llegó hasta el interior de aquella isla, lo cual no se explicaba sino como consecuencia de haber estado totalmente sumergida y levantada luego muy gradual y suavemente, de modo que la acción de las olas fué actuando sobre cada uno de los sitios que en algún tiempo fueron costa. Nuestro punto de vista, entonces como ahora, era reconocer allí las huellas de un movimiento ascensional y continuo, supuesto que luego hemos hallado comprobado por algún geólogo en la isla de Porto Santo, y que no debe ser sino la expresión de una ley general, por lo menos en las islas atlánticas. Por lo que á Gran Canaria se refiere, además del levantamiento de las capas miocenas indicado, hay también cerca de Las Palmas otros bancos fosilíferos que se depositaron, á juzgar por su fauna, á una profundidad de 30 m., y que se asientan hoy á 7,50 m. de altura, los cuales corresponden á una formación más moderna que los de que antes se hizo mérito, probablemente de edad cuaternaria.

Con semejantes datos podemos ya llegar á la conclusión que por ahora nos importa, á saber: la de que en nada favorecen el supuesto de que las islas atlánticas sean los restos de un antiguo continente, pues, al contrario, más bien indican ellas la tendencia á formarse este que la de desaparecer tierras emergidas en otro tiempo. En parte alguna de estas montañas volcánicas se ven las huellas de haberse hallado á un nivel más alto ni de haber experimentado hundimiento parcial (y eso que Lyell las ha buscado prolijamente) y sí, en cambio, la de haber sido empujadas de abajo arriba de un modo gradual y constante. Por igual razón no se ha podido encontrar en estas islas el menor vestigio de la acción glaciaria, aun en las altas regiones de las Canarias, y es claro que á haber alcanzado en la época cuaternaria una elevación poco mayor que la actual hubieran de-

bido establecerse hielos eternos en picos, que como los mismos del Mediodía de la cresta de La Palma, se cubren de un manto de nieve durante los meses de invierno.

IV.

NÚCLEO PRETERCIARIO DE LAS ISLAS ATLÁNTICAS.

De la breve exposición que precede se deduce que la historia de las islas atlánticas como producciones volcánicas, y en tanto en el período comprendido desde el mioceno hasta la época reciente, ha quedado bastante esclarecida merced á la laboriosa investigación de eminentes naturalistas. Pero los precedentes de esta historia y la conexión de los productos volcánicos que forman esas potentes montañas ó esos macizos dispersos por el mar, no ha merecido, por desgracia, un análisis tan escrupuloso; y así es que al resumir, como lo estamos intentando, su historia, se echa de ver su deficiencia, harto sensible, por cuanto sin la indagación de este punto, es imposible constituir una doctrina completa y armónica sobre el particular.

Los más de los naturalistas á que aludimos no se han preocupado de si los materiales volcánicos que constituyen hoy el relieve de esas islas ó archipiélagos se derramaron sobre cimientos preexistentes más antiguos, saliendo al exterior á través de accidentes submarinos ó si, en grietas abiertas en el fondo, empezaron á verterse y acumularse hasta ir originando el primer núcleo; otros resuelven la cuestión como de paso, inclinándose ya á una solución, ya á la otra, y alguno, en fin, se limita á observar que la geología no da importancia al particular, por cuanto es cosa bien averiguada que no hay la menor relación entre las rocas volcánicas y las del subsuelo que atravesaron, supuesto que estas pueden ser las más variadas en edad y composición. Ciertamente que no radica ahí el alcance de la averiguación de si existe ó falta un cimiento atlántico anteterciario, si no en ser el primer punto de partida en la indagación relativa á si tales islas son ó no los extremos emergidos de un antiguo continente, la iniciación de uno que se

formará en su día ó el resultado de la acumulación accidental de productos eruptivos en cualquier sitio del suelo del mar.

A decir verdad, el baron de Buch, tantas veces citado en este ensayo, ha sido el primero en indicar que los productos volcánicos de las islas Canarias descansan sobre diabasas, dioritas y porfiritas, es decir, sobre materiales preterciarios; pero esta juiciosa observación ha pasado desatendida generalmente y hasta ha sido combatida, tanto porque el conocimiento que hasta hace poco se tenía sobre las rocas era insuficiente para resolver en vista de un material, su edad y verdadera naturaleza, cuanto porque el eminente geólogo prusiano ponía sus investigaciones al servicio de una causa que ha caído en completa ruina. Nos referimos á la teoría de los cráteres de levantamientos, que hemos procurado no tocar hasta ahora para no embrollar con ella, como suele hacerse, otros hechos bien averiguados, por la frecuente confusión consistente en rechazar las premisas cuando se quiere solo rechazar las conclusiones. No entraremos en la discusión de semejante teoría, puesto que ya la ciencia sabe positivamente que las rocas del subsuelo no toman parte alguna en el relieve de las montañas volcánicas, como creyeron A. de Humboldt y L. de Buch, sino que, al contrario, la posición de los materiales sobre los cuales descansan los conos de erupción, no sufre la menor influencia estratigráfica por los fenómenos volcánicos.

La petrografía micrográfica, única ciencia capaz de resolver la cuestión de si existen en los archipiélagos atlánticos rocas de otra naturaleza que las volcánicas, es, como hemos dicho, un estudio muy moderno y posterior á la época de casi todas las investigaciones que hasta aquí hemos resumido. Tócanos, pues, preguntarla, para poner los términos de esta última parte del problema que motiva la presente exposición, qué sea lo bien averiguado sobre el particular, para lo cual nos es forzoso presentar un resumen, hasta ahora no realizado por ningún geólogo, para en vista de él llegar á las conclusiones que pueda suministrar en relación con los datos de otro género, expuestos en los anteriores capítulos.

En una comunicación que dirigimos á la Sociedad geológi-

ca de Londres, leída en Junio de 1879 (1), notábamos que las rocas de las islas Canarias se podían reducir á dos grandes tipos: el uno más antiguo caracterizado por el predominio de la hornblenda y el otro más reciente por el del piroxeno augita. Desconocíamos á la sazón que el profesor Cohen (2), examinando algunas de las llamadas hiperstenitas de La Palma, que están en ella cubiertas ó atravesadas por erupciones más recientes, llegaba á la conclusión de que eran preterciarias y pertenecientes á las diabasas, á las diabasas peridóticas, á las dioritas, á las sienitas, etc., pero no, en realidad, á ningún material hipersténico. Por aquel tiempo nos ocupábamos además en redactar el resumen sobre la litología de Tenerife y Gran Canaria que vió la luz pública bastante después en los *Anales de la Sociedad española de Historia natural* y así, faltos todavía del valioso apoyo prestado por el inteligente profesor de Estrasburgo al esclarecimiento de la cuestión, la planteábamos tímidamente con el solo auxilio de nuestras propias investigaciones, diciendo que, si bien insistíamos en que muchas de las llamadas diabasas pizarrosas y pizarras metamórficas por los observadores anteriores á los progresos de la micrografía mineral, eran sin duda, verdaderas fonolitas pizarrosas, y en tanto rocas volcánicas, como habíamos sostenido precedentemente, podíamos señalar en Gran Canaria, aunque de un modo circunscrito, la existencia de rocas indudablemente preterciarias. Describimos con este motivo una diorita cuarcífera con titanita, epidota, moscovita y flogopita; una diabasa del Lomo del Capón y una porfirita epidótica de Las Rehoyas, localidades todas de dicha isla, cuyos resultados concuerdan en un todo, como se ve, con los alcanzados por el profesor Cohen relativamente á la isla de La Palma.

El profesor Doelter de Graz, con motivo del décimo quinto aniversario de aquella Universidad, y con posterioridad á los trabajos citados, ha descrito las rocas del Cabo Verde, dividiéndolas en eruptivas antiguas y modernas y ocupándose en-

(1) *Quart. Journ. Geol. Soc.*, t. xxxv, 1879.

(2) *Ueber die sogennante Hyperstenite von Palma.*—*Neues Jahrb.*, 176, p. 743.

tre las primeras de la fayaita, la sienita, la diorita y la diabasa (1).

Un trabajo petrográfico moderno ofrece mayor novedad y abre un campo de inducciones más nuevo que los hasta aquí mencionados: nos referimos á una memoria publicada en los *Anales de la Sociedad belga de Micrografía* por M. Renard, relativa á la litología de los materiales recogidos durante la expedición del *Chalenger* en el arrecife de San Pablo, á los 0° 55' de latitud N. y 29° 22' de longitud O. (2). Estos escarpados afloramientos rocosos, aislados en medio del Océano, á mitad del camino aproximadamente entre el Africa y la América del Sur, llaman desde luego la atención por lo mismo que, como dice Boué (3), parecen los más probables restos de esos continentes sumergidos, supuestos por los partidarios de semejante teoría. Es manifiesta, pues, la trascendencia de esclarecer la fecha terciaria ó ante-terciaria de semejantes materiales, cuyo asunto ha ocupado felizmente el talento y la erudición de M. Renard.

La roca en cuestión se compone casi exclusivamente de peridoto: es una peridotita notable por su pureza y por lo poco alterada que se encuentra. Las secciones delgadas la muestran en el microscopio formada de una masa fundamental de pequeños granos incoloros é irregulares de olivino y de enstatita, algo de actinolita y granos brillantes de hierro cromatado. La estructura es microporfídica y pasa casi siempre á la zonar.

Difícil es, en el estado de los conocimientos petrográficos y geológicos sobre las rocas peridóticas, sacar con solo estos precedentes ninguna conclusión terminante en punto á la edad y origen de los arrecifes de San Pablo; porque es indudable que existen peridotitas de procedencia eruptiva, al paso que otras forman parte integrante de los terrenos cristalinos, quedando

(3) *Zur Kenntniss der vulc. Gestein. und Mineral. der Capverd'schen Inseln.* Graz, 1882.

(1) *Descript. litholog. des recifs de St. Paul.; Anal. de la Soc. belge de Microsc.* Bruselas, 1882.

(2) *Ueber die Rolle der Veränder. des Unorganischen, etc.; Sitzung. der wien. Akad. der Wiss.,* 1866, p. 12-14.

la alternativa sin resolver por faltar datos estratigráficos en la localidad, donde estos materiales se encuentran aislados. Con todo, careciendo de otra fuente de inducciones, M. Renard da importancia al parecido de esta roca con sus análogos de los terrenos cristalinos, y nota la posibilidad de que en torno del punto ocupado por ella existieran en otro tiempo en los arrecifes materiales entre los que la peridotita estuviera intercalada, y que denudados estos, haya quedado aislada como más resistente á la alteración mecánica por virtud de su compacidad.

De todos los precedentes petrográficos sentados en este capítulo parécenos que puede deducirse como consecuencia general la existencia de picos y en ocasiones de afloramientos pequeños preterciarios dispersos por el dilatado mar, de los cuales unos no han sido cubiertos por ninguna erupción, como los arrecifes de San Pablo; otros presentan los materiales antiguos en la base y la cima cubierta por lavas posteriores, y este es el caso de Gran Canaria, Palma y Cabo Verde por lo menos, y el resto solo ofrece al exterior corrientes volcánicas, estando totalmente cubierto el cimiento preexistente, como sucede en Tenerife.

Ha llegado el momento de terminar, y lo haremos sentando las consecuencias á que llevan todas las cuestiones hasta aquí apuntadas.

Las islas atlánticas no son ni productos esporádicos debidos á emisiones volcánicas accidentales en cualquier sitio del fondo del mar, ni una representación aislada y ya débil de continentes terciarios hundidos en época geológica reciente, sino el resultado de erupciones volcánicas acumuladas sobre antiguas eminencias plutónicas que se asientan en cadenas que corren en el fondo del mar. Esta doctrina, sostenida por Hartung (1) antes que por ningún otro naturalista, es la única que encuentra su confirmación en los datos mejor averiguados así

(1) *Geologische Beschreibung der Inseln Madeira und Porto Santo*; pág. 175.

antiguos como modernos, y la sola que asocia el punto de vista racional de la conservación en las cuencas oceánicas de sus rasgos generales durante largas épocas geológicas, con los descubrimientos que atestiguan un proceso de levantamiento lento y gradual en una vasta región atlántica, cuya iniciación se remonta á una época desconocida, pero anterior sin duda á los tiempos terciarios.

La cuestión de la edad geológica de las islas atlánticas no puede ponerse ya, en el estado presente de la geografía y geología de nuestros mares, en los términos en que se había hecho hasta aquí, sino que es forzoso distinguir en ella dos partes: la del cimiento plutónico—cuya formación se remonta á una edad antigua, que nos es absolutamente desconocida,—y la de los productos volcánicos que la cubren, cuyo período de erupción se extiende desde el mioceno hasta nuestros tiempos, el cual, no obstante su enormidad, queda reducido á un episodio de la grandiosa historia cuyos principales capítulos hemos solo hojeado.

CONFERENCIA

SOBRE

LAS RELACIONES DE ESPAÑA CON JOLÓ,

PRONUNCIADA EN LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA

POR EL TENIENTE DE NAVÍO DE 1.^a CLASE

D. VÍCTOR M. CONCAS Y PALAU,

en la sesión celebrada el 19 de Febrero de 1884.

SEÑORES:

Empezaré por dar gracias á esta ilustrada Sociedad y á su digno Presidente por esta sesión extraordinaria concedida para continuar mi discurso, atención que agradezco y que quisiera poder corresponder diciendo algo que pudiera interesaros, cosa por cierto difícil de hacer ante un público tan escogido como ilustrado, y al que solo una extrema benevolencia puede traer aquí á escuchar á un tosco soldado de la mar, á quien gracias que pueda salvar en esta empresa el interés del asunto que estamos tratando.

Continuando, pues, la empezada tarea del estudio de aplicación de las relaciones de España con Joló, deseando cumplir mi promesa de que los veáis tal cuales son, voy á describirlos de un modo análogo al que hice en mi anterior discurso; es decir, estudiando las intenciones y las consecuencias de su propio modo de ser; parte del discurso de hoy que ligaré forzosamente con el anterior, con lo que resaltará la importancia de algunas ideas que quizás hayáis apreciado un poco apasionadas, y que espero dejéis de creerlo así al ver que se adaptan perfectamente á la idiosincrasia de nuestros contrincantes.

Antes que portugueses y españoles llegaran á la Oceanía, la habían recorrido los misioneros mahometanos recogiendo

bastante cosecha de neófitos, en particular donde pudieron acabar su obra. Todos sabéis que en Filipinas no había religión positiva alguna: es más, que eran pueblos de un carácter tan materialista, que ni palabras tenían para expresar las ideas y representaciones del espíritu, á tal punto, que desde la palabra Dios á los demás atributos de la Divinidad, las han tomado del español y del árabe, según han sido sus misioneros y es hoy su religion.

Los mahometanos de casi igual color y no muy lejana procedencia, se fundieron con las razas indígenas, conservando la división de castas tan propias de los países orientales, distinguiéndose aún los descendientes de los primeros misioneros, por su nariz prominente; distinción fatal para los chatos en un país que todos lo son. Como sabéis, señores, los árabes y lo mismo los hermosos tipos de hombres del Indostán, tienen sus facciones perfectamente regulares, hablando en relación con la raza caucásica, y así á los de nariz más marcada, que son muy contados, pues pocos han escapado del pecado, les llaman de sangre alta, y á los demás de pura raza malaya, de sangre de cautivo.

En este estado y ya amalgamadas las razas en los territorios de Joló que no hemos acabado de quitarles, los hallamos nosotros; solo que mientras por nuestra parte no hemos dejado de ir adelante, ellos se han quedado estancados en el siglo xv, de donde viene la anomalía que observamos hoy en sus costumbres. Estas son las de la Edad Media, desde luego en caricatura, pero formando un cuerpo de costumbres, leyes y religión, tan completo que este conjunto basta para que por ningún concepto se les pueda calificar de salvajes, como muy á la ligera se les llama más de una vez.

Como sabéis, tienen una forma completa de gobierno, compuesta del Sultán, sus Datos y una diputación de estos, los más ancianos, que permanecen siempre alrededor del Sultán, como poder moderador. Además tiene parte en el gobierno la esposa legítima del Sultán difunto, que debe suponerse madre del Sultán reinante, por más que ahora no suceda así, y sea, por lo tanto, un motivo de perturbación. Además del

mahometismo, ciertamente muy desfigurado; tienen una graduación completa de gerarquías eclesiásticas; los Sarips (probablemente corrupción de Xeriff), de superior importancia y de incontestable influencia, por más que todos son gentes de la más crasa ignorancia; en Oriente, y no es en Joló solo, el clero mahometano por un fabuloso esfuerzo de memoria sabe el Córán letra por letra sin entender una sola palabra, y cuando por ello se les arguye contestan, no sin gracia, que nuestros curas también rezan en latín y que tampoco lo entienden. Además del sistema feudal en todas sus graduaciones, tienen lo que podríamos llamar organización civil, puesto que donde los nobles no asumen por el derecho de su prosapia, al mismo tiempo que su feudo, el derecho de gobierno, nombra el Sultán un gobernador, Paghina, que en tal concepto ejerce á nombre de su soberano. En fin, tienen leyes escritas y procedimientos judiciales; á tal punto, que yo he visto exhortos evacuados por ellos que no desdeñaría más de un letrado: y no es ocioso decir que un considerable número saben leer y escribir, y que para navegar tienen antiguas cartas-planos, no siéndoles desconocido el uso de las nuestras.

Ahora bien; lo que os he descrito es un pueblo civilizado, y civilizado es, y de ahí las exageraciones de los que solo observan las condiciones que acabo de referiros. Por otro lado, no es corto el número que los califican de salvajes, y también tienen razón: dualismo que parece imposible de realizar y que sin embargo, tiene lugar desde el momento *en que Joló es un pueblo civilizado que vive en las condiciones de un pueblo salvaje.*

Siguiendo por el difícil camino de las comparaciones, y siendo lo natural que uno se tome por tipo de tal comparación, se ha querido completar á la nación joloana y darle la propiedad y la riqueza que caracteriza el complemento de la civilización, cuando los joloanos no tienen nada, seguramente, menos que muchos pueblos salvajes. Y ahí tenéis, señores, la explicación de los dos conceptos que sobre ellos existen. Pero al mismo tiempo no es posible que sostenga un grado tan alto de civilización un pueblo de absoluta pobreza, ni que haya dejado

de ser rico un pueblo que tanto poderío ha tenido y que aun tiene tanta resistencia; y también tienen razón: Joló ha sido rico, muy rico; y es aún un pueblo de considerable fortuna. En resumen, Joló es un pueblo civilizado y salvaje: y es un pueblo rico que no tiene nada.

Hé aquí, señores, un embrollo: vamos á ver cómo nos salimos de él: y no me lo atribuyáis á mí, que no deben ser las circunstancias tan claras, cuando despues de tres siglos son aún tema de discusión.

Sin que al citaros opiniones ajenas parezca que busque socorro, permitidme hacer una sola cita que, por venir de un enemigo reconocido y declarado, no podrá tacharse de parcial. En la obra *New Ceylon*, publicada por la Compañía del Norte de Borneo, en todos conceptos contra nosotros, en su página 146, dice: «El nivel de la inteligencia entre los joloanos es, por lo menos, más alto que el de los campesinos ingleses,» cita que hago para que, por lo menos, esperéis un poco para formar vuestro juicio, si es que lo de civilizarlos os parece un poco fuerte.

Volvamos, pues, á nuestro embrollo, que casi es querer demostrar que dos cosas pueden ser á un tiempo blancas y negras. El caso, señores, es muy sencillo: el error procede de querer comparar la riqueza de un pueblo completamente distinto de nosotros con la riqueza nuestra, y buscarla en ciudades, palacios y ferrocarriles sin calcular que entonces podría ser Turquía, pero no sería nunca Joló. Joló es rico, y para quien no tiene nada es para nosotros, porque nuestras condiciones no nos permiten llegar á su riqueza.

Basta, señores, de elucubraciones que van pareciendo metafísica pura: permitidme que vuelva á mi terreno de estudio de aplicación, tanto más, en cuanto los ramos de la riqueza de Joló son poquísimos, por lo que vistos, uno por uno, las consecuencias se os ofrecerán sin necesidad de que yo haga de ellos resumen alguno.

La principal riqueza de Joló es la pesca de la concha nacar que se cría en los bancos madreporicos, precisamente vivos y en mares de corrientes, pues son estas las que han de llevar

su alimento al molusco desde que, adherido para siempre á la roca no puede buscarlo por sí. Y respecto á corrientes, difícil sería hallar mares en que las aguas adquirieran más velocidad, produciendo algunas veces el encuentro de una de esas corrientes que desemboca de los canales del archipiélago joloano, con la misma marea oceánica, mansa, pero irresistible, remolinos que, á ser circulares, no serían menos peligrosos que los conocidos de las costas de Suecia.

La pesca se verifica arrastrando primero por el fondo un aparato llamado arado, hecho con las maderas durísimas de sus bosques y cuyo aparato tiene una forma muy parecida á los rastrillos con que limpiamos nuestros campos: el arado va unido á la embarcación por una cuerda, y como para arrancar, tanto las conchas como los corales en que se enreda, necesita considerable fuerza, de ahí que esperen para la operación los días de las corrientes más vivas, para que el esfuerzo sobre la dicha embarcación, unido á la vela y remo, sea el suficiente para vencer el mayor obstáculo. Terminada esta operación proceden los buzos á sumergirse, y aquí empieza el secreto, pues esa operación se verifica en sondas de 40 m., soportando presiones increíbles y permaneciendo hasta 55 segundos bajo del agua, trabajo horrible que solo pueden soportar los esclavos, que perecen á los pocos años, casi todos de enfermedades del pecho. Y esta operación la verifican en mares donde verdaderamente pululan los tiburones, y sin el auxilio de una piedra y una cuerda como en Ceilán, donde dicho sea de paso, el gobierno inglés tiene esta pesca estancada, ni tampoco echando antes un canasto al fondo, como en el golfo de Panamá. En Joló todo lo hace el esfuerzo del hombre.

Seguramente se os ha ofrecido una objeción que me voy á apresurar á contestar. En efecto, á cualquiera se le ocurre que conocidas esas pesquerías y teniendo forzosamente que emplear en la operación algunos días, nada más fácil que caer nuestros buques sobre ellas y libertar los esclavos. Mas no es necesario emplear la sorpresa por ningún concepto: algunas expediciones que han venido muy cerca de nuestros pueblos han sido vigiladas por los buques de guerra, y yo mismo, se-

ñores, con un cañonero que mandaba, he vigilado ocho días una que contaba 2.200 pescadores. Mas no por eso se fuga ni un esclavo: es más, vienen á bordo y hasta van á nuestros pueblos y vuelven á sus amos. De esto han deducido algunos escritores, por cierto muy á la ligera, que están mejor como esclavos en Joló que libres en su propio pueblo, cuando es un resultado de su organización social, bastante completa, para que dejaran descubierto un punto tan importante. Quizás recordaréis que os dije en mi anterior conferencia que los piratas joloanos solo conservaban para sí los niños, con objeto de que olvidaran lengua, familia y patria. Apenas llegados esos niños á la edad de la pubertad los casan con mujer de su propia casta; el filipino con filipina, y al natural de Borneo con mujer de su propia raza, no por caridad, sino para que formen familia de tanto más afecto, cuanto que el desgraciado esclavo no encuentra consuelo más que en el regazo de su pobre esposa, tan desgraciada como él. Si no tienen hijos les cambian la mujer, tampoco por cuestión de negocio de tener más esclavos, sino para que los lazos de familia se aprieten más, y conseguido esto deja de ser un esclavo que hay que guardar y que ya puede ir á todas partes... pero si no vuelve sabe que por la playa rodarán la cabeza de su mujer y de sus tiernos parvulitos. Y esto está á tal punto constituido en sistema de gobierno, que si á un Dato se le escaparan todos los cautivos, y fuera preciso exterminar todas sus gentes, le obligarían, y aunque quedara completamente pobre, el castigo se llevaría á cabo con todo su horrible rigor. Por eso vuelven los esclavos, por eso el desgraciado buzo, á quien nadie podría impedir nadar hasta el buque español, sumerge á profundidades inverosímiles, aunque sepa que sus días están contados: ¡y eso hace esa gente, á la que tratamos con tantas contemplaciones!

Ahora bien, señores; vamos á la parte de aplicación: esa riqueza para nosotros es un imposible, y el día en que dejan de pescar es como si el mismo Alá se encargara de guardársela para ellos solos. A esa profundidad ni bajan nuestros buzos, ni con escafandras, como puede servir de ejemplo, que en

las islas Filipinas existen muchos bancos de concha nácar que no se pescan. El secreto de esta pesca está en el sacrificio de los esclavos, de modo que no sólo no es riqueza para nosotros hoy, sino que el día que acabemos con Joló apenas si salvaremos la cuarta ó quinta parte de ella, por lo que la miseria natural de toda raza vencida les obligará á hacer lo que hoy hacen los esclavos. Los joloanos bucean como peces hasta los 15 ó 20 metros de profundidad, en los que no dejan tranquilo nada utilizable; y para que las conchas adquirieran el desarrollo necesario, es preciso que la pesca se verifique en las condiciones de dificultad que acabo de describiros, pues como de este modo no es posible barrer el fondo del mar, las conchas que quedan en él van creciendo y mantienen así la riqueza del criadero. Sobre uno de los mejores bancos de concha nácar estuvo cinco años fondeada la escuadra, destrozando tesoros con las pesadas anclas de los buques; tesoros que no cogíamos, no porque á cada uno faltara un par de ojos á quien dedicar una pequeña muestra. Sencillamente, señores, no se cogían... porque no se podía.

No estará de más que os diga que suena más en este asunto la pesquería de las perlas de lo que en sí es; lo interesante es la concha nácar que sostiene los dos mercados de Singapore y Manila: las perlas representan un pequeñísimo tanto por ciento de valor total, pues se hallan pocas relativamente, y desde luego menos que en otras pesquerías, como en las de las islas de San Miguel, en que las perlas abundan y la concha es oscura y no tiene aprovechamiento.

Figura en segundo lugar la exportación del bejuco que en cantidades enormes se recoge en los terrenos anegadizos de Táui-Táui. Este ramo de producción lo salvaremos en su día; pero hoy por hoy está fuera del alcance de nuestras manos. En esos pantanos de muchas leguas de extensión, donde crece el mangle que añade todavía dificultades para andar por ellos, apenas podemos recorrerlos con el mayor trabajo, y defendidos por un enemigo que los conoce perfectamente, armado además con carabinas repetidoras aportadas por nuestros conocidos amigos, son lugares adonde se puede ir á combatir la

verdadera causa de la civilización, que es la que allí sostiene España sola, pero como expedición de comercio no creo que necesite esforzarme para probaros que es un mal negocio.

La aleta y cola de tiburón que se vende á 66 francos el pico (137 $\frac{1}{2}$ kgs.), da lugar á esta pesca peligrosa por la pequeñez de las embarcaciones en que se hace, y en la lucha del animal antes de darse por vencido, nada más fácil que pasar de pescador á pescado, si el vuelco de la vinta hace caer á sus tripulantes en una mancha de tiburones.

Muy apreciado es el balate de Joló: como sabéis el balate es un infusorio, á mi ver repugnante; pero que se tuesta y se exporta á China en cantidades considerables. En nuestras costas hay bastante balate y aun en la Península se halla en la costa de Levante y lo comen los pescadores; pero el mérito del de Joló es solo por la profundidad en que se pesca, y por igual razón que la concha nácar adquiere mayor desarrollo, así como por el mismo motivo, el día en que falten los esclavos cesará por completo este ramo hoy tan productivo.

Suena por fin en Joló la exportación de nido, no por la cantidad, que es muy corta, y de la que una parte procede de saqueos en la cabeza norte de nuestra isla de la Paragua, sino por su valor, que en el mismo Joló se estima al peso limpio de la plata. Esa es la sopa de pájaro que en casa de Lhardy se anuncia á cinco duros plato, receta capaz de hacerla indigesta al estómago más fuerte, sobre todo después de probado tan insulso manjar.

Cuanto os acabo de describir es una riqueza importantísima, de ella come y viste el pueblo de Joló, y sin embargo, bien veis que para nosotros todo ello vale bien poca cosa. Mas yo no he hecho más que haceros andar por la mar, y no lo achaquéis á la atracción natural de toda cofradía, pues los joloanos sobre el mar sientan todo su sistema político y social; pero también tienen tierras y es justo que estudiemos lo que en ellas explotan.

De la agricultura de Joló, quizás no pueda alimentarse la décima parte de la población: sus sembrados son de secano y apenas sin más trabajo que el abono natural de quemar la hierba (cogon), que cubre el suelo. De todos modos sin rotu-

ración más que mientras está sembrado, representando por consiguiente poco más valor que el de las semillas.

Los ganados, que valen mucho en Joló, andan sueltos por el bosque y los internan con facilidad, tal que es muy difícil cogerlos. Y lo único que no pueden llevarse al hombro son los cocoteros, que representan una riqueza positiva, y que es lo único que tiene alguna relación con la nuestra, y de ahí la trascendencia de la medida tomada por el general Clavería en Balanguingui de cortar los cocos de la isla, con lo que bastó para despoblarla. En los trópicos, señores, al pié de un coco vive un hombre: ese arbol bienhechor da aceite, aguardiente, alimento, agua fresca en medio del bosque, fibra para tejer, hojas con que techar la casa y cien aplicaciones más, detalles en que me detengo por la circunstancia de ser lo único que en Joló vale algo, que en forma tenga alguna analogía con lo que nosotros estimamos por base de fortuna; pero aún así, como debéis comprender, es bien poco en relación á cuanto os dejo referido.

Vista cuál es la riqueza del pueblo de Joló, parece que en lo primero que debiera conocerse sería en sus pueblos, con lo que si bien no podemos bucear para cogerles la concha nácar, podríamos ejercer presión sobre el resultado del bienestar que esa riqueza podría producir al dar comodidades á los que la explotan. Voy, pues, á describiros sus pueblos, suficientemente curiosos y de estudio de aplicación para nosotros, por lo que lo haré de raíz.

Sus pueblos, con muy contadas excepciones, están todos en las madreporas. No necesito decir lo que son las madreporas á un público tan ilustrado; pero voy á permitirme transcribiros la impresión que me causaron la primera vez que las ví. Las madreporas crecen desde el fondo del Océano sin gradación alguna, formando como una inmensa columna que presenta al mar una verdadera pared contra la que se estrella aquel con furor indescriptible, como preguntando con qué derecho se interpone nadie en su camino. Yo no sabría pintaros el terror que se apodera del navegante que en los días de temporal cruza de cerca esa línea de combate del orgullo

del Océano que reventando de ira, hace llegar sus olas al cielo, y de la tenaz madrepora que sigue impertérrita su crecimiento; líneas de lucha á las que si fuera uno á pasar por su mala ventura, de la desgraciada nave ni rastro quedaría en brevísimos instantes, sin que por ello amenguara la soberbia de los dos elementos. Si uno se halla en alguna de esas islas, se sufre involuntariamente una impresión especial; cuando se está en la mar se desea mucha agua bajo la quilla; ¡que el hombre es tan pequeño, que ha tenido que optar por la salvación del navío desde que él perece donde flota su propia nave! pero al hallarse en tierra firme parece que es necesaria la adherencia á la costra terrestre para dar razón de seguridad, y nada impresiona más que cuando en una pequeña barquilla amarrada á un árbol de la playa, se sonda desde la popa hasta 500 ó más metros de fondo, para hallar en seguida el del mismo Océano. Duda uno entonces si la isla será un hongo inmenso, casi vacío por debajo y sostenido por ligera y caprichosa columna de coral, y la menor trepidación parece que sea el fin del casual equilibrio, y que la isla, obedeciendo á precisas leyes de gravedad y arrastrando cuanto tiene encima, va á desaparecer bajo las olas en espantoso cataclismo.

Y no creáis, señores, que las referidas madreporas crecen formando un todo compacto hasta llegar á la superficie: podrá parecerlo así en conjunto; pero la parte en crecimiento forma un laberinto indescriptible de islas, bajos y rocas que casi excusan al hombre de ser pirata desde que la misma naturaleza le convida á ello. Alguno de esos grandes crecimientos madreporicos tienen centenares de millas cuadradas, como los de Táui-Táui; y allí, por canales profundísimos en que podría navegar el *Leviatan* y no alcanzar el fondo con todas sus anclas unidas, se persiguen los piratas que por una de las orillas casi en seco, y por un surco en que nuestros hijos podrían jugar con un barquito de papel, se escapan á otro canal que cogen hasta con insolente calma y desdén, seguros que no se les ha de alcanzar. Y aun así, hay que navegar gobernando el buque con el sol alto y por la espalda y desde las cofas, para que la menor sombra, la más pequeña diferencia

de color del agua acuse la roca traidora que en medio del canal es peligro inminente de irremediable perdición. En esa horrible faena nos han salido las primeras canas á muchos oficiales de la Armada que allí hemos servido algo más la causa de la civilización y de la libertad de esclavos, que en esos *meetings* donde siempre suele andar encubierto un mísero tanto por ciento. Y no para ahí, señores: desde lo alto de los palos se contempla un espectáculo prodigioso; al través de las tranquilas aguas de esos mares interiores y ya cerca de la superficie, se ven las madreporas claras, bajo el trasparente cristal que las cubre y al que da el color del oro la esplendente luz de los trópicos. Allí se ven las estrellas y las anémonas de mar, los corales con todos los colores del iris, desde el blanco mate calizo hasta el negro del ébano pulimentado, paisaje indescriptible de la fantástica arborescencia madreporica, mostrando bellezas de un mundo que no es el nuestro, que uno creyera antes que solo podían ser delirios de la imaginación. Ante tanta grandeza, el espíritu más fuerte siente irresistible fascinación y falta valor al marinero para mover el timón al lado contrario, mientras el buque y la mole madreporica se acercan sin que acierte uno á poder afirmar quien de los dos es el que acorta la distancia; mas al llegar sobre el peligro cesa el encanto, cuando en las aguas profundas que ya no colorea la luz del sol se ven avanzar gigantescos árboles de coral, que cual brazos poderosos del monstruo sumergido quieren coger la quilla del navío para sepultarlo con ellos, aspiración natural de miriadas de seres condenados por el Creador á nacer y á vivir en su propio cementerio.

Mas todo muere en este mundo, y las madreporas mueren al llegar á la superficie; como que les faltan las materias salinas del agua del mar que forma su estructura; y como lo que las mata es la superficie del mar, que es la síntesis de la horizontal, de ahí que su cara superior sea tan plana como el mismo horizonte que la limita. Esos bancos, ya muertas las madreporas, apenas si descubren ó cubren las aguas algunos decímetros en las mareas, y las olas que rompen con furia en sus cantiles, se deslizan después inofensivas por encima, pues

les falta el empuje de la vibración siguiente, y del mismo modo que si á mis piés arrojara cantidad de agua, que después del primer estrépito llegaría inofensiva lamiendo el piso hasta el extremo del salón.

Pues bien, señores, sobre sus bancos y sobre una verdadera cintura madreporica que rodea todas las islas de Joló, están los pueblos de aquella gente original, lo que es muy razonable, pues en los trópicos es mucho más sano vivir sobre el agua que sobre la tierra, cuyas emanaciones son fatales para el hombre. Sus casas sobre estacas, hechas de caña y cubiertas con una hoja ancha llamada nipa, son tan primitivas como puedan serlo las del pueblo más salvaje, pero perfectamente adaptadas á su modo de ser: al pié de ellas tienen amarrada su embarcación (vinta), cuyo número se calcula que es el de una por varón. La limpieza tan necesaria en aquella latitud y difícil para su pereza, se impone como consecuencia inmediata de su mismo modo de vivir, y por fin, al pié de las mismas casas pueden hacer sus abluciones. Ahora bien; esos pueblos no nos sirven para nada; no sabemos andar con el agua á la rodilla mojándonos los zapatos; ya en sus casas las hacemos bambolear con nuestro torpe pisar; si es por los puentes de caña que los unen no resisten nuestro peso, y es preciso tenderse sobre ellos para que las cañas no se claven como puñales, y por fin, si el puente es de puro estilo joloano ó sea una caña suelta sin sujeción por ninguno de sus extremos, entonces ni nuestros gimnastas saben andar por allí. Y así están las casas de los magnates más ricos; es más, el Sultán al que en una comisión oficial comprobé de 50 á 60.000 pesos de renta, no tiene casa, y vive en la de un mestizo chino hermano de su concubina, casa que es tal, porque la hizo un aventurero europeo, seguramente creyendo que iríamos á Maibung y con intención de incendiarla á tiempo para pedir por ella cinco ó seis veces su valor como indemnización. Con estos pueblos no podemos hacer nada mejor que lo que se hace, que es pegarles fuego. Pero después se llega á la playa completamente virgen, y el terreno que se necesita hay que crearlo desmontando, mientras detrás de cada mata hay un moro armado con su fu-

sil de repetición, ó de los mejores tipos de armamento europeo. No hay, pues, nada sobre que ejercer presión, y si ese mismo pueblo tuviera caminos, ciudades, ejércitos y escuadras acorazadas, es tan insignificante que hace mucho que habríamos acabado con tal enemigo, difícil para nosotros hoy y de todo punto imposible para otras naciones, cuya supuesta hostilidad es perfectamente visible, ideas debidas á nosotros mismos y á la falta de esa opinión porque tanto me lamenté en mi anterior conferencia.

Pero me diréis, y ¿en qué emplean tanta riqueza? En comer y vestir, y los nobles en vicios, mujeres y francachelas. El pueblo de Joló gasta mucho en vestir: los ricos usan damascos, sus mujeres sedas y bordados; y mientras nuestros indios van casi siempre poco menos que en traje de Adán, los esclavos moros están siempre vestidos, y como apenas usan el jabón ni el palo jabón que allí abunda, es más rápido el deterioro de los vestidos aumentando naturalmente el consumo.

Véis, pues, cuán claro aparece ahora que Joló, un pueblo rico que no tiene nada, al alcance nuestro, se entiende; y que es un pueblo civilizado que vive en las condiciones de un pueblo salvaje, en cuyo modo de ser difícil sería hallar mayores condiciones de resistencia á las fuerzas regulares de una nación europea.

Yo me proponía, señores, hacer un resumen de toda esta parte; pero un amigo mío, persona de superior ilustración y conocida por sus méritos en esta sociedad, en la que tiene un puesto principal, me hizo observar que consideraba en mi anterior conferencia que las medidas que proponía eran un tanto ejecutivas. Les daré su nombre, sanguinarias. Y no puedo resistir al deseo de contestarle, tanto por si no fuere solo en este concepto, como para que me sirva esta contestación de verdadero resumen.

Nadie señores, más enemigo de aventuras que yo: reclamo para mí el honor de haber levantado el primero la voz, diciendo que no nos convenía Borneo y que era hora de decir, basta de aumentos de territorio. Así lo dije en el Congreso geográfico afrontando la opinión general, totalmente contraria á esa

idea y el ridículo que pudo merecer mi atrevimiento. Cuidado, señores, que al decir que no nos convenía Borneo; no pretendía yo decir que debía regalarse á cambio de que nos reconocieran señores de Joló y las Carolinas, pues supongo que no dudaréis que por solemne que parezca el regalo, como no sean los mismos jolanos los que lo hagan, tendremos que tomarlo á costa de tiempo, sangre y dinero, sin que para nada sirva el tal reconocimiento como no sea una señal más de decadencia. Pero ahí, señores, no se trata de engrandecimiento, tan chico es Joló que con él, no seremos ni más ricos ni más pobres: las fronteras que nos trae son peores que la de Babilan y además nos envuelve en la cuestion de Borneo: se trata, señores, de que ellos son los que nos hostigan, y que sin romper con el último resto de dignidad no podemos consentirlo. ¡Desgraciadas las naciones como los hombres el día que estén completamente resueltas á encogerse de hombros aunque les crucen la cara de un latigazo! Con Joló la guerra se impone y dada esta necesidad y que hay que acabar de una vez, no hay más remedio que atenerse á las circunstancias. Nosotros no podemos llegar al fondo de sus pesqueras, pero podemos cogerles los esclavos con que las hacen y de ahí la trascendencia que recordaréis os dije que tuvo la campaña de la Marina, pues al atacar la piratería cortó de raíz la esclavitud que era el fundamento de su riqueza. Y puesto que nada tienen que perder, tienen siempre la piel que es por lo menos lo que tiene el hombre por pobre y salvaje que sea, lo único sobre que puede imponérsele castigo. La extrañeza, señores, viene del mismo error de siempre, de compararlos con nosotros y suponer que en Joló ha de pasar lo que en Francia, que al caer Paris cayó la nación entera; olvidando que siglos atrás cuando los intereses no tenían esos lazos, la imposición se hacía pasando á cuchillo á pueblos enteros, puesto que entonces, como en todos los pueblos que empiezan, lo que más vale es el hombre. Prueba de lo eficaz del remedio es el resultado de la campaña de la Marina y de la expedición del general Claveria, terror que ellos imponen en nuestras tropas, lo que dificulta extraordinariamente las operaciones, pues no se puede dejar ni un

muerto á la espalda por temor á que no lo esté y con cuyo atalaje hay que andar por el bosque, sopena de correr el peligro de desmoralizarse las tropas al ver que el que cae herido ha de ser acuchillado sin piedad: acordaos de los juramentados que no solo penetran en nuestros pueblos, sino que nos impiden toda faena de campo ó expediciones sueltas de comercio al interior, y os convenceréis que no hay más remedio que irnos á su terreno ya que no podemos traerlos al nuestro.

Además, señores ¿tan bien va el otro sistema? Por no haber acabado en 1849, tuvimos que volver al 51; por no haber acabado entonces volvimos al 76, por no haber tampoco terminado en aquella ocasión vinieron las notas, protocolos y la cuestión de Borneo, y ahora puede venir otra cuestión que se llame de Carolinas. ¿Os puede caber duda que es hora de acabar de una vez antes que mayores males no hagan el remedio tarde? ¿y creéis que basta decirle al Sultán que se vaya para que nos deje el campo libre? Recordad los intereses de los Datos, recordad que privarles de esclavos es dejarlos sin comer ni vestir, sin comodidades, sin vicios; nuestra dominación y la de cualquier nación europea es la miseria en Joló y van ya trescientos años que antes de quedarse sin comer y morir de hambre, prefieren caer como deben hacerlo los pueblos viriles, luchando hasta que les quede un hombre y este muera en el campo de batalla.

Basta, señores, de combates, luchas y exterminio, que de fijo os habrán cansado, permitidme que termine en tono más pacífico haciendo el estudio económico y mercantil de Joló, estudio tanto más necesario cuanto á las naciones se les puede absorber por el comercio y los intereses mejor que con la guerra, sistema que tan de molde viene en esta ocasión, pues el país que acabo de describiros que obtiene todo del cambio de productos no puede menos de calificarse de eminentemente comercial.

Yo os ofrecí algo nuevo y al menos para mí lo fué el que en Joló las telas se midieran por libras, y que careciendo de monedas y tomando sola la española de plata ó cobre como pasta, la moneda tipo de Joló fuera la pieza de algodón crudo de

siete libras llamado cachagilao. Y sin duda ya habéis caído en la gravedad de este estado de cosas que yo no voy sino á repetir; y es que de este modo, la casa de moneda de Joló está en Manchester, lo que equivale á colocarla en condiciones de profundidad y hostilidad que aleja muy atrás la de los consabidos bancos de concha-nácar.

Los negocios en Joló se hacen todos sobre el cambio de efectos como en los pueblos primitivos, como por ejemplo se cambian reses por cocos, pero antes se ajusta en cachagilao cada cosa por más que ahí la tela solo figura como moneda nominal. Los únicos que pagan en cachagilao efectivo son los chinos que hacen el comercio de exportación, pero la compra tiene cierta forma que influye en el valor de los efectos y que hace muy cara toda compra que se quiera hacer con dinero contante. Esto es que exigen que la mitad de las telas han de ser de color, cuyas telas, según la moda, tienen un valor relativo muy crecido, mientras que el cachagilao se puede decir que no solo tiene un precio exacto, sino más bien bajo; así si un pico de concha-nácar se compra por veinte piezas y por ellas se entregan diez de cachagilao y tres de color, cuyo valor serán lo más de cuatro de la tela tipo viene á costar catorce, mientras que en dinero costaría los veinte, y por lo que el comercio que no se avenga á este tráfico no puede sostener la competencia.

Os ruego, señores, que no olvidéis lo que acabo de deciros y me acompañéis en un viaje desde Manchester á Joló pasando por Barcelona y Manila; y no temáis el mareo, pues no solo lo haremos sin movernos de aquí, sino que procuraré abreviarlo para no abusar de vuestra benévola atención.

El comercio de tejidos de algodón es, señores, el árbitro de la riqueza de Filipinas; él viste de siete á ocho millones de hombres, pues no sólo nuestros súbditos sino los monteses de Luzón y Mindanao, Joló y parte del mar de Célebes se surte de nuestro mercado, y como no habría letras para tan enorme caudal, ese comercio es el que en pago compra los productos de Filipinas, azúcar, abacá, café, aceite de coco, etc., á los que impone precio, así como á los Bancos cuyos giros son siem-

pre sobre los conocimientos de embarque. Ese comercio es todo inglés y las casas de Manila son todas casas de comisión, cuyo sistema es el siguiente: Cada casa tiene un número de tiendas chinas, ó si no, las crea, de modo que sean gente de asiduidad y honradez pero con el menor capital posible y á las que dan telas á pagar á seis meses plazo siguiendo las entregas, de modo que el chino puede ir cubriendo los plazos con las mismas entregas sucesivas. Este sistema que podría parecer erróneo, es no solo el mejor sino que imposibilita toda competencia. De este modo tienen la seguridad de la salida de sus géneros y la regularidad, que en negocios de Ultramar es del mayor interés é imposibilita toda otra compra á esas tiendas sucursales, pues todas las casas inglesas tienen pesquisidores, y si saben que un chino ha comprado á otro, cesan las entregas y viene el arreglo de cuentas, y con él la quiebra y la cárcel. De esas casas chinas suelen prosperar la mayoría, de modo que al final el capital se salva y ya se cuenta con que faltará alguna, cuya pérdida al cabo de algunos años de negocio viene á representar un pequeñísimo tanto por ciento del giro realizado, dando en cambio la seguridad de la venta y haciendo imposible la competencia á nuestro comercio.

Vamos á ver ahora el camino de nuestro comercio dado que existiera. Nosotros producimos esos géneros en iguales ó quizás mejores condiciones que los ingleses y exentos de derechos de aduana, y quizás con otros beneficios hallarían fácil camino, si la cuestión fuera puramente industrial, y no un resultado lógico del precio del dinero y de las condiciones del comercio de Ultramar.

En efecto: supongamos que una partida de telas sale de Barcelona: entre preparación y viaje tarda dos meses en llegar á Manila, un mes de despacho, seis de almacenaje, pues no debe suponerse que los compradores los arrebatan de la misma Aduana, seis de plazo para el cobro según ley de plaza, uno de viaje de las letras y seis para realizarlos ó lo que es lo mismo pagar el descuento si se negocian: de modo que el dinero vuelve á Europa á los veinte y dos meses ó sean á los dos años próximamente, así que para sostener un pequeño comercio en

Manila es preciso contar con un capital cinco ó seis veces mayor. Tomado el dinero en Inglaterra al 2 ó 2 $\frac{1}{2}$ por 100 y poniendo otro tanto de gastos, que son ciertamente más, resultará el capital gravado en un 5 por 100 al año, de modo que será el 10 en los dos años que suponemos al negocio, y si la venta se hace con un benéfico de un 30 por 100, la ganancia será el 20 ó sea un diez por 100, sin contar que pagarlo en productos de Filipinas ó vendida la letra por ellos hay que agregar un nuevo y quizás no pequeño beneficio. Ahora bien, entre nosotros, y sobre un pequeño negocio, sería imposible hallar el capital tan enorme que es preciso poner en movimiento, sin más garantía que la houradez de algún joven dependiente de comercio y sabiendo que el tal capital está todo comprometido, tal que en los primeros años si se quisiera cobrar, solo se podría rescatar una pequeña parte y que es preciso seguir el negocio diez ó más años para que sea tal negocio. Ahora bien, señores, entre nosotros que el papel del Estado da más del 6 por 100 sin más trabajo que cortar el cupón, y que sobre hipotecas de tierras de pan llevar, de doble valor del préstamo, se coloca el dinero al mismo 6 por 100 cuando menos ¿creeis que se podría obtener dinero así menos del 10 por 100? Y repetid ahora la misma cuenta: el interés en dos años es el 20 y los gastos 5, son 25 por 100, de modo que del 30 del negocio solo queda el 5 de beneficio, viniendo á dar el 2 $\frac{1}{2}$ después de tantos riesgos cuando sin ninguno se obtiene entre nosotros más del doble del interés el dinero. Y no es esto solo: los géneros no pueden sostener de almacenaje ni un día más de los seis meses sin resultar verdadera pérdida, mientras que los ingleses, que representan un valor de tan barato alquiler, pueden estar ocho ó diez años en almacén, ó al presentarse la competencia bajar de pronto un 20 por 100, pareciendo que se arruinan cuando en todo caso salvan el capital y sacan del retorno su beneficio.

Y si de ese comercio los joloanos visten y comen ¿cómo queréis separarlos, como queréis que no tengan influencia, si nosotros no podemos hacerlo? Que los pueblos se absorben con el comercio ya lo sabía yo, señores, antes de hablaros de bata-

llas, pero también sabía que era un mito para nosotros, y tan convencido estoy de ello que si me dais dinero siquiera al 2 por 100 me comprometo á conquistar á Joló sin disparar un solo tiro.

Quizás diga algún dislate, que á la verdad poco entiendo en eso de cambios, géneros y dinero, y quizás aún mayor error cometa al censurar á los proyectistas de factorías, al mismo Escosura que ofrecía como remedio el hacer la factoría á que nos autorizaba el tratado de 1851 con un plan completo, no para hacer la factoría, sino para darle seguridad. A nosotros nadie nos ha impedido hacer la factoría: en el seguro puerto de Sulayan del mismo Joló hemos tenido en otro tiempo estación naval donde pudo hacerse la factoría; el año 1864 el Sultán Diamarol escribió al gobernador general de Filipinas pidiendo que se le hiciera la factoría: ocho años llevamos en Joló y la factoría no aparece, y no aparece porque no tenemos con que hacerla y porque el dinero está caro en España.

Perdonadme, señores, que insensiblemente me vengo al campo de la política, cuando yo os he ofrecido no salirme de detrás del mostrador. Volvamos pues, al comercio de algodones, tanto más cuanto hemos quedado en Manila sin recorrer la distancia que la separa de Joló.

Las casas inglesas no envían géneros á provincias, sino que lo hacen los comerciantes chinos por un sistema del todo semejante, buscando un dependiente suyo sin capital, para que sea su consumidor forzoso, y al que puedan amenazar siempre con la liquidación, sinónimo de quiebra. Pero las casas chinas no se contentan con un ligero recargo como las europeas, sino que imponen á su *protegido* un 20 ó 30 por 100 de aumento como cosa corriente, bien entendido que en todo caso cada uno negocia por su cuenta y sin ser dependientes unos de otros, en cuyo caso la competencia traería los efectos á su valor natural.

Hora es que lleguemos á Joló; todas las casas chinas de Joló, que he visto nacer una por una, son dependientes de otras de Zamboanga, como estas lo son de las de Manila; de modo que los géneros, ó sea la moneda para comprar los efectos de

Joló, llegan á nuestro pueblo con un 60 ó 70 por 100 de recargo, lo que le imposibilita de tomar parte en el mercado, siendo de todo punto inútil el sacrificio que el Estado hace con su puerto franco. Es más, como el comerciante inglés no sabe si su género irá á Joló, no lo deposita de tránsito en la Aduana, librándose de los derechos tan solo una pequeña parte de los géneros de casas chinas que tienen un giro algo más independiente.

Tanto os he hablado de comercio chino é inglés, que habréis extrañado no oirme hablar del comercio español, y voy á hacerlo cumpliendo una penosa necesidad. El año 1876 fué á Joló una numerosa expedición militar, y acabadas las cuatro provisiones de unos cuantos míseros mayordomos del convoy, no comió pan blanco sino el que tuvo un amigo en la escuadra, y allí quedaron en la playa centenares de miles que cualquier mercader pudo recoger sin trabajo alguno. Hasta el tabaco y el buyo tuvo que llevarlo el Estado y establecer un servicio de buques de guerra para este último; comercio tanto más fácil cuanto el ejército no abandonó la playa y había un puerto español á 30 leguas de distancia. En los primeros tiempos, en el desórden que quedó la Sultanía, se embarcaba por nuestro Joló más de 40.000 pesos mensuales en concha-nácar, carga que recibían poco menos que entre bayonetas los capitanes de los correos hechos de oro por el Estado, bajo pretexto que las aduanas de Manila les ponían dificultades por tomar carga en el puerto franco; y es claro, de este modo se ahuyentó el tráfico y hoy si se embarcan cuatro ó seis canastos en cada vapor, es de concha robada, única razón porque va á nuestro mercado. Es más, señores: el Sultán tiene el opio estancado, y comprándolo en Calcuta se le podría hacer terrible contrabando, perturbando su bolsa que es lo primero que debe herirse del enemigo; pero lejos de eso, el opio después de pagar derechos al referido Sultán, pasa por nuestro puerto libre y entra de contrabando en Mindanao. Yo, sin embargo, he visto allí españoles, pero sin capital, sin hablar el idioma, queriendo comprar perlas por pedazos de espejo, creyéndose descubridores de pueblos ignotos, y estos al menos, son ino-

centes, ó acaso, tristemente ridículos; mas otros, queriendo que por su calidad de españoles se les concediera todo el monopolio del mercado de hortalizas ó carnes; de modo que el pobre soldado y marinero que paga la libra á media peseta la pague á dos pesetas; es decir, que coma la cuarta parte..... para proteger el comercio nacional. Y no creáis, señores, que esto ha producido pocos sinsabores á los gobernadores de Joló, pues los que se llaman comerciantes alzan el grito al cielo, que es lo único que pueden alzar, pues hasta el comercio de vinos, legumbres y conservas españolas está allí en poder de los chinos. Comercio que compra los géneros enemigos de concha, bejuco, balate y aleta de tiburón, ninguno de ningún color ni casta.

Después de lo descrito, ya no os extrañará lo que voy á decir, y es que en nuestro puerto franco la pieza de cachagilao vale 45 rs. vn.; en Maitung, residencia del Sultán, 24 y en Sandacan de Borneo yo he comprado para regalos una partida á 22 rs. El arroz de segunda clase en nuestro pueblo, se cotiza á 90 rs. el cavan (125 libras) y en Sandacan el mejor arroz de Cochinchina, el pico (137 $\frac{1}{2}$ libras) á 42 rs.; y como esos son los géneros tipos de moneda, resulta que la moneda nuestra está muy cara para intentar siquiera tomar parte en el negocio. El pico de concha-nácar suele venderse á razón de veinte piezas de cachagilao, ó sea á 24 pesos, precio de Maitung; pero recordando lo que os dije al principio sobre la exigencia de que la mitad de las telas fueran de color; les resulta á 17 ó 18 pesos, cuyo pico de concha se vende en Manila de 34 á 38 pesos, y en Singapore de 34 á 36 pesos, precio corriente y sostenido. Mientras que el precio de nuestro Joló vendría á salir á 45 pesos pico, resultado doloroso que por sí solo me excusa los tristes comentarios á que se presta.

Es cierto que nuestros comerciantes no podrían hacer el tráfico de armas y esclavos que hacen allí algunos europeos, pero á uno de estos le he oído decir muchas veces, que comprados los géneros de primera mano y halagando el gusto de aquellas gentes, venía á salirle á 12 pesos el pico de concha; y si no basta una ganancia de un trescientos por ciento con reembolso

del capital en dos meses y la consideración de que los que nos hacen la competencia son una colección de aventureros que apenas si compran más allá de Singapore, es fuerza confesar, señores, que no hay esperanza, y que mientras á los joloanos los vista y los alimente un comercio hostil, es soñar en imposibles el querer absorberlo por este camino con un comercio que no existe sino en nuestra imaginación.

Seamos lógicos, señores, y antes de soñar en factorías, recorramos un poco la historia. Los inventores del sistema fueron los portugueses, ¿y sabéis qué hicieron? lo mismo que nosotros en Joló, acciones heroicas sin cuento, y de no haber ido ingleses y holandeses á relevarlos, estarían todavía esperando las factorías por la muy poderosa razón que no tuvieron ni tienen con qué hacerlas. Desaparecieron sin dejar más rastro que alguna raza hoy en la mayor abyección y fatal para el progreso del catolicismo en la India y las Molucas, y su idioma infiltrado hasta en el mismo malayo muestra de su importante dominio. Donde sólo se arraigaron fué en América, en que siguieron nuestros pasos. Que holandeses é ingleses aceptaron el sistema es no sólo natural, sino que de seguro al llegar con sus géneros, ya notables desde siglos atrás, las casas fuertes de los portugueses se les ocurriría de para qué servirían las baratijas de cambio que en ellas había. Pero, señores, ¿tenemos que recurrir más que á nuestra propia historia? Yo supongo que no seréis de los espíritus ligeros que censuran á nuestros antepasados que nos ganaron un mundo que nosotros no hemos sabido conservar; pues bien, señores, los que tanto hicieron no podían menos de ser hombres prácticos sin lo que no habrían dado un paso, y si organizaron la propiedad en América sobre el trabajo obligatorio, no fué por la idea vulgar de que los indios no querían trabajar, por más que en todo hay algo de verdad, sino porque entonces como ahora no teníamos capital y no había con qué pagar el trabajo. Tal como hoy mismo, iban allí los hidalgos españoles sin una dobla en el bolsillo, sólo que nuestra generación se cree tan avisada, que encuentra más lógico pagar al bracero que obligarle al trabajo, como si lo mismo á fuerza de sencillo no se le hubiera ocurrido á nues-

tros padres, que si no pagaban era porque no tenían con qué. ¿Pero habrá nada más expresivo, más político y práctico, que el permiso que tenían los gobernadores para comerciar, empezando por los mismos vireyes? ¿Qué lo censuren ligeros escritores extranjeros se comprende, pero que al pié de la letra copien la crítica los mismos españoles, es una copia tan servil como poco afortunada es la de la factoría! Nuestros abuelos eran demasiado ilustrados para ignorar que para el comercio se necesitan comerciantes, luego si permitían hacer tráfico á las autoridades, era porque tenían la evidencia que los tales comerciantes no existían. Hasta hace bien poco, los gobernadores en Filipinas pagaban un impuesto como multa por el permiso de ejercer el comercio, lo que quería decir que ya el legislador contaba con el desorden, pero siendo el comercio necesario y no teniéndolo nacional, lo sustituyeron como pudieron prefiriendo que se hiciera con las arcas reales mejor que naciera enemigo y viniera por sus propias fuerzas á disputar el mando. Esto, señores, podrá ser ó no justo, pero es político, y así crecen los pueblos acordándose de lo que son, apoyándose en sus fuerzas, sustituyendo lo que no tienen y no apegándose á ideas abstractas que producen en estos asuntos el mismo efecto que si en este mes y en este sitio nos cubriéramos con las ligeras vestiduras del pueblo de Joló. Y por cierto que la enseñanza á los partidarios de la factoría, no ha podido ser más patente: treinta años seguidos hemos podido ocupar la costa de Borneo, sobre la que hemos chillado hasta lo imposible diciendo que era nuestra, cuando nadie nos la disputaba, y mientras nosotros no teníamos intención de tomarla aunque tal derecho nos reconocieran: la proyectada factoría ha sonado en todos los oídos, y la tal empresa española no ha parecido, hasta que M. Alfred Dent tuvo la amabilidad de hacerla con cartas de protectorado firmado por la Reina de Inglaterra. Excusadme comentarios; pero permitidme recordaros que hoy no comercia nadie, y que por fortuna las casas inglesas son de comisión, pues si fueran casas de arraigo y se perpetuaran las familias en el país, graves conflictos podrían sobrevenir á nuestro dominio, pues allí como en todas partes el conde que paga es el verdadero conde.

Y no es sólo Joló: Balábac está en la situación estratégica, mercantilmente hablando, mejor que cuantas islas tenemos en toda la Oceanía, y á la vista de nuestro pueblo pasan cientos de embarcaciones cargadas de guttapercha, alcanfor, cera, nácar y otros riquísimos artículos, y van á engolfarse en el tormentoso mar de la China hasta Labuan; no por horror á nosotros, sino porque el chino (pues no hay más que uno) de Balábac les da una pieza de cachagilao por lo que en la colonia inglesa le dan seis, y así por delante de aquel establecimiento cruza la abundancia mientras que su guarnición vive de ración seca enviada desde Manila, Siassi, Bongao, Bas-bas, puntos admirablemente elegidos y completamente defendidos, no esperan más que la... factoría.

Planteada la cuestión en estos términos, no quedan más que dos caminos, ó acabarlo la nación tal como os he indicado repetidas veces, como un mal necesario para evitar otros mucho mayores, ó la factoría que sería lo mejor, siempre que fuera aquella del comercio español. Anular el comercio joloano ó darle otro giro por medio del elemento oficial, es perfectamente pueril por más que así se diga muchas veces y en todos tonos; vosotros sabéis, señores, que el elemento oficial no tiene una peseta; os acabo de decir que está prohibido comerciar y hoy penado como criminal, y bastante torpe sería el gobernador de Joló que tal hiciera y que así se entregara con las manos atadas al celoso fiscal de la Audiencia encargado de la vindicta pública. ¿Cómo queréis pues que el elemento oficial haga el milagro? ¿Por convencimiento?

Bajo el punto de vista de las soluciones pacíficas, el problema militar de Joló está resuelto, no es que no deban librarse nuevas batallas, pero la Sultanía está vencida y nadie puede impedirnos el ir dónde, cuándo y como se quiera; escoja el comercio y será servido inmediatamente.

Señores: el Estado, ese Estado á quien siempre se censura y á quien todo se le pide en España, ha cumplido con su deber en Joló, puede decirse muy alto: su papel está terminado para los partidarios de las soluciones pacíficas que en buena ó mal hora se han impuesto en este asunto. Los soldados del

Estado tienen seguros cuatro puntos del territorio escogidos admirablemente para el comercio, mercados que un mal mercachifle ha convertido en emporios de comercio, mercados que no hay que hacer, mercados que ya están hechos y alfombrados de nácar cual no están los palacios de los reyes. La Marina del Estado después de abrir á vanguardia las nuevas plazas, no podía dejar en la oscuridad el remate de tan gran monumento de gloria, y ha levantado y publicado hace años las mejores cartas de navegar de todas las Filipinas. Lo que fué para nosotros laberinto, es hoy camino trillado, marcado en él el rastro luminoso dejado por nuestros afanes y cien veces regado con nuestra sangre. El Estado no tiene aduana, no hay sanidad, no hay gabelas; ansiosas las autoridades prestan auxilio gratis á cuantos lo piden, los cansados cañoneros dan completa seguridad personal en todo el archipiélago, sólo se ruega un estado para la estadística, cuya exactitud no interviene nadie. ¿Qué más se quiere?

Señores: la patria nos llamó y allí acudimos, todos estuvimos en la cita; al puesto de honor no faltó, señores, más que el comercio español. Sin embargo, no hay que desanimarse, la factoría se hará, yo comprendo que esto requiere tiempo y estoy seguro que nuestro comercio acudirá... con una subvención del Estado, y con tanta más seguridad cuanto ya para entonces las madreporas habrán acabado su obra y se podrá ir tranquilamente á pié desde España á Filipinas.—He dicho.

ESTUDIO GENERAL

SOBRE

GEOGRAFÍA, USOS AGRÍCOLAS, HISTORIA POLÍTICA Y MERCANTIL,
ADMINISTRACIÓN, ESTADÍSTICA, COMERCIO Y NAVEGACIÓN

DEL BAJALATO DE LARACHE,

Y

DESCRIPCIÓN CRÍTICA DE LAS RUINAS DEL LIXUS ROMANO,

POR

DON TEODORO DE CUEVAS,

Caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III,
Comendador de la de Isabel la Católica y Vicecónsul de España en Larache.

(CONCLUSION.)

En su Periplo nos ha dejado Hannon un imperecedero recuerdo de tan noble tentativa. Al frente de una flota compuesta de 60 naves que conducían á su bordo 30 000 colonos de ambos sexos, zarpó el almirante cartaginés con rumbo á poniente, y después de haber fundado en la africana costa las ciudades de *Thymiaterion*, *Caricon*, *Teychos*, *Gytte*, *Acra*, *Melitta* y *Arambé*, aportó al río Lixus. ¿Cuál fué la suerte de aquellas colonias? ¿En qué puntos de la costa occidental de África se encuentran sus ruinas? La carencia absoluta de estas en el litoral del Océano desde Tánger á Larache; el silencio ó las vagas indicaciones de la historia y un detenido estudio del Periplo de Hannon, nos inducen á creer que las ruinas designadas desde Polibio á Malte Brun, con el nombre de Lixus y que jamás han sido conocidas por los árabes y por las cabilas montañosas del país, más antiguas en él que aquellos, más que bajo el de Xammix, no son las del Lixus del almirante cartaginés (1). Pero no atreviéndonos á sentar en absoluto un

(1) Al discutir Malte Brun, en su historia de la geografía, el Periplo de Hannon, parte del principio de que el río Lixus es el mismo Luccus ó el Kus que desemboca

hecho, en cuya apreciación nos encontramos solos contra los más autorizados escritores, prescindiremos de las apreciaciones geográficas para dar una idea de estas interesantes ruinas y de lo que pudo ser en algunos siglos anteriores á la era cristiana el país que dominaba la colonia libi-fenicia fundada sin

junto á Larache. Malte Brun es una autoridad en geografía, no menor que la de Gosselin; pero éste, como aquel, como todos, admiten sin discusión aquel hecho. Nuestra demostración en contrario va á parecer en consecuencia temeraria, pero fiados en la bondad de nuestra causa, no vacilamos en atacar una preocupación, que basada sobre vulgares creencias ó infundadas suposiciones de unos cuantos, ha ido cimentando las demás, con objeto de que haciendo plaza el error á la reflexión, puedan las personas competentes apreciar y juzgar debidamente de qué lado se encuentra la verdad.

Analicemos, pues, el Periplo de Hannon, traducido del griego Scylax, por Malte Brun; documento que por estar admitido sin contradicción por todos los autores, no será en manera alguna sospechoso. Hélo, pues, aquí:

«Dispusieron los cartagineses que se trasladase Hannon más allá de las Columnas de Hércules con objeto de fundar algunas ciudades libi-fenicias, y se hizo Hannon á la vela conduciendo una flota compuesta de 60 buques de á 50 remos, á cuyo bordo iban 30 000 individuos de uno y otro sexo, con los víveres y efectos necesarios. Después de haber navegado por espacio de dos días más allá de las columnas, fundamos una ciudad que llamada Thymiaterion domina una extensa llanura. Continuando nuestra navegación hacia poniente, llegamos al promontorio de la Libia llamado Saloé, cubierto de espesos bosques y en donde erigimos un altar á Neptuno. Del cabo Saloé navegamos por espacio de medio día hacia Levante, hasta llegar á una laguna cercana al mar y poblada de altas cañas, en cuyas márgenes pacían muchos elefantes y otros animales silvestres. Habiendo traspuesto esta laguna en un día de navegación, fundamos en la costa las siguientes ciudades: Caricon, Teychos, Gitté, Acra, Melitta y Arambé, y prosiguiendo nuestro viaje llegamos al gran río Lixus que viene de la Libia. A orillas de este río los Lixitas nómadas apacentaban sus ganados. Allí permanecimos durante algún tiempo y concluimos con aquellos habitantes un tratado de amistad. Más arriba de los Lixitas habitan los Etiopes salvajes en un país montuoso y poblado de fieras, en el cual se encuentran los manantiales del Lixus. Los habitantes de estas montañas son trogloditas, hombres de extraordinaria configuración, que sobrepujan en ligereza á los caballos, según aseguran los Lixitas. Después de haber elegido entre estos últimos algunos intérpretes, navegamos durante dos días junto á una costa desierta, que se extendía en dirección del Mediodía, pero virando luego hacia Levante y en otro día de camino encontramos en el fondo de cierto golfo una isleta como de cinco estadios de circunferencia y dándola el nombre de Cerné establecimos colonos en ella.»

Hannon navegó por espacio de dos días más allá de las Columnas. Según Heródoto, contemporáneo de Hannon, la marcha regular y diaria de una embarcación era en aquellos tiempos de 700 estadios. 10500 estadios egipcios de $1\ 111\ \frac{1}{4}$ al grado, equivalen, según Mr. Gosselin, á 189 leguas marinas, de suerte que era cada una

duda durante alguna de las expediciones posteriores á la que en su Periplo describe Hannon. ¿No sería, sin embargo, más lógico fijarse en el antiquísimo nombre de Xammix, *la asoleada*, que es común á otras no menos antiguas localidades de Egipto, para deducir que procediendo de aquellos sitios las ca-

de estas igual á 24 estadios. En dos días debió, pues, recorrer la flota cartaginesa, 58 leguas y un tercio desde el monte de Abyla, próximo á Ceuta, siguiendo la costa occidental de África, hasta el lugar en que fué fundada la colonia de Thymiaterion *que dominaba una extensa llanura*.

Por otra parte, en el Periplo, que como apéndice á su *Specchio del Marocco* inserta Gräberg, indicase que *Thymaterion*, llamada más tarde Rutubia ó Rhusibis, es la propia ciudad de Azamor. Respecto á la distancia que media entre esta y el promontorio de Abyla, parecerían exactas las aseveraciones de tan ilustrado autor, á no mediar la circunstancia de que baña los muros de aquella población el Om-er-Rebia ó Morbeja, el más considerable de los ríos de Marruecos, y que Hannon, que comenta la situación de Thymiaterion manifestando que *dominaba una vasta llanura*, no hubiera dejado de hacer mención de la existencia de aquel caudal de aguas que tan considerable es, y que tanto podía influir en el porvenir de la naciente colonia. Desechemos, pues, la opinión de Gräberg.

El primer establecimiento, fundado en una región desconocida, como lo eran entonces las atlánticas playas, por una nación mercantil que se encontraba en el apogeo de la grandeza, debió necesariamente ser considerable, no solamente con objeto de asegurar la material ventaja del tráfico local, sino que hallándose las colonias á distancias enormes, según los tiempos, de la metrópoli, y viéndose de esta suerte abandonadas á sus propios recursos, estaban obligadas á crearse un centro de fuerza material adonde pudiesen acudir en busca de amparo ó de refugio en la adversidad, ó nuevos elementos para extender su acción en el caso de serles favorable la fortuna.

Movidos por semejante convicción, hemos recorrido hace algunos años cierta parte de aquellas costas, inquiriendo en ellas señales más ó menos positivas, que á semejanza de indeleble huella de los pasados tiempos, hubiesen allí quedado para probar la preexistencia de una gran ciudad. Efectivamente; á orillas del mar, una legua al SO. de Mazagán y al abrigo de un pequeño promontorio, que atendido el visible crecimiento de las costas del Atlántico pudo muy bien haber abrigado un puerto considerable, se encuentran las vastas ruinas, que designadas por los naturales con el nombre de Tit, dominan, si no por su elevación, por su situación por lo menos, una extensa llanura. Si se pregunta á los moros cuál es la significación de la palabra Tit, ellos que todo lo explican por medio de imágenes y que á semejanza de los antiguos designan cada localidad según el aspecto físico que ofrece, se encogen en esta ocasión de hombros y para ocultar su ignorancia exclaman: es nombre portugués, ya que en Marruecos impera la preocupación de atribuirlo todo á los lusitanos, así como en la Argelia lo atribuyen á Roma. Pero Tit ha sido una gran ciudad, cuyo recinto, vagamente indicado por informes montones de piedras musgosas y casi cubiertas de tierra, claramente demuestra que allí existió un gran establecimiento colonial, que no puede ser obra de los berberiscos ni de los roma-

bilas de Gumara, de Sumata y de Ketama, la presunta fundadora de Alcazarquivir, relativamente vecinas de todas ellas de la ciudad que nos ocupa, la hubiesen ellos edificado y poblado, siendo luego desposeídos por los cartagineses ó por los romanos de Nerva?

nos, toda vez que estos no dominaron más al S. de Salé, ni de los árabes, ni mucho menos de los portugueses que la ocuparon en 1513, después de haber tomado á Azamor.

¿No podría muy bien ser Tit el Thymiaterion de Hannon?

Veamos, para convencernos de que no es una mera sospecha la que abrigamos, cuál sea la distancia que media entre Tit y las Columnas de Hércules; distancia que tomamos de boca de los mismos marinos que han envejecido en el tráfico de estas costas:

De Tit á Mazagan	1	leguas.
De Mazagan á Casablanca	14	—
De Casablanca á Rabat	11	—
De Rabat á la Mehedía.....	5	—
De la Mehedía á la Laguna de los Tres Santos.....	11	—
De la Laguna á Larache	6	—
De Larache al Cabo Espartel	10	—
Del Cabo al promontorio de Ceuta.....	6	—
TOTAL.....	64	—

Distancia que se aproxima bastante á las 58 $\frac{1}{5}$ antes calculadas.

Continuando su rumbo hacia poniente, llegó Hannon al promontorio de la Libia llamado Saloé ó del Sol.

Vémonos precisados á desvanecer aquí un nuevo error consagrado por los geógrafos de bufete, cuya autoridad ha sido causa de que fuese generalmente prohiado sin discusión. Aseguran dichos señores que el cabo Cantín es el mismo promontorio de Saloé ó del Sol, tal vez porque hayan encontrado en los mapas que se adelanta de un modo considerable este cabo hacia el mar entre Mazagán y Safi. Mas á pesar de tan aparente concordancia, procuraremos, por medio de una detallada descripción de la costa, dar á conocer en qué consiste el error.

De Mazagán á Safi presenta aquella tres grandes cabos: el Blanco á 3 $\frac{1}{2}$ leguas de Mazagán, el Cantín á 16 leguas del Blanco, y á 5 leguas del cabo Cantín, y 2 antes de llegar á la ciudad de Safi, el cabo de este nombre.

Viniendo del N. ó de NE. se descubre á una distancia de 4 leguas el cabo Blanco, que consiste en un alto promontorio formado de tierra gredosa y de blancos peñascos y cuya base es en algunos puntos accesible por la parte del mar. El cabo Blanco tiene en sus laderas profundas cavernas, de las cuales es tradición en el país, que se extraía antiguamente mineral de cobre. Después del cabo Blanco, tuerce la costa hacia el SE. y encontrando á cosa de 6 leguas más allá una gran laguna contigua al mar junto á cierta población llamada Ualidia, del nombre de su fundador Muley Ualid, que de 1630 á 1636 ocupara el solio de Marruecos, va remontando en dirección del SO. para venir á terminar en una punta negra, baja, prolongada en extremo hacia el mar é inabordable, que se llama cabo Cantín.

Sigue luego el promontorio de Safi desde cuyo punto vuelve á retirarse brusca-

Mas, puesto que nos propusimos sacrificar en este texto nuestra opinión personal, seguiremos hasta lo último la de todos los geógrafos que afirman que en aquellas edades no existían colonias fenicias ni romanas en la costa occidental de África, ya que de haberlas, no hubiera dejado el almirante

mente la costa hacia el SE. hasta encontrar la playa en donde existe la ciudad de aquel nombre.

Conocido el contorno de la costa, volvamos á incorporarnos con la expedición cartaginesa, que después de haber fundado á Thymiaterion se preparaba á explorar aquellos desconocidos mares.

Magnífico, grandioso y sorprendente debió ser el panorama que se desplegó á los ojos de Hannon al ver surgir de entre las azuladas ondas un alto é imponente promontorio sobre cuya blancura resplandecían en caprichosos esmaltes de oro y púrpura los primeros rayos del sol naciente, en una de las serenas mañanas de estío que tan espléndidas son en estos privilegiados climas. Profundamente religiosos y llenos de superstición, aceptaron los navegantes el feliz augurio que al parecer les enviaba con aquel espectáculo el Sol de su divinidad favorita, el padre de la luz, cuya cualidad esencial, la blancura, diera ocasión á que uncieran los antiguos dos albos caballos al carro de Febo, y cuya prismática descomposición les ofrecía tan mágica perspectiva. De esta suerte, aquel ignoto promontorio recibió el nombre de Saloé ó del Sol y las gentes de Hannon se apresuraron á consagrar aquellos sitios erigiendo un altar á Neptuno, sobre el cual, deseosos de atraer la protección del dios de las aguas, hicieron un sacrificio regado tal vez con sangre humana.

A corta distancia del cabo Saloé avistó la flota cartaginesa una laguna cercana al mar que traspuso en un día de navegación.

¿No dice el Periplo que el cabo Saloé *era un promontorio*? Si este nombre nos presenta al ánimo la imagen de una eminencia considerable que se avanza sobre el mar, ¿cómo se sostiene formalmente que una punta negra, baja, erizada de rocas é inabordable, haya podido ser designada, no solamente con el nombre de promontorio, sino con el de *Sol*, que hace concebir cierta idea de grandiosidad y de brillantez? Además, la situación de la laguna de Ualidía conviene exactamente con la laguna avistada por Hannon, al paso que la naturaleza de la costa, que desde cabo Cantín se prolonga hasta Safi, aleja por su escabrosidad toda sospecha de que en ningún tiempo haya podido encontrarse junto al mar ninguna otra laguna, como así es en efecto. En consecuencia, creemos haber demostrado que el cabo Saloé de los antiguos es el mismo cabo Blanco de nuestros tiempos.

Después de haber fundado cinco ciudades, cuya situación no entra en nuestro propósito discutir, llegó Hannon al gran río Lixus, *que viene de la Libia* y en cuyas márgenes *apacentan sus ganados los Lixitas nómadas*.

Por tanto, si Thymiaterion es Tit, si el promontorio de Saloé es el cabo Blanco, si la laguna de Ualidia es la vista por Hannon y si llegó éste al Lixus después de haber visitado los referidos puntos y fundado cinco ciudades, claramente se deduce que tal río no es el moderno Luccus ó el Kus, según hasta ahora se había imaginado. Y ya que á tanto nos hemos aventurado emitiremos por completo nuestra opinión.

Las tribus berberiscas, que desde los tiempos más remotos pueblan el Atlas y sus

cartaginés de citar sus nombres, así como de ciertos detalles zoológicos menos interesantes. En cuanto á los Lixitas, eran pueblos nómadas que se dedicaban á apacentar sus ganados á orillas del gran río cuyo nombre adoptaran, y que ha degenerado después en el de Kus, derivado, según Gräberg, de los

ramificaciones meridionales, hacen preceder su nombre por el común apelativo *Ait*, así como los de raza árabe se anteponen al de *Ulad* y los de raza mixta el de *Beni*, cuyo significado es invariablemente *hijos de*. Los habitantes de los países de Uad Nun y de Sus, pertenecen en general á la raza berberí y así son designados por medio del primero de aquellos distintivos. Téngase presente, por otro lado, que el nombre Sus, equivale en este lenguaje á Occidente; designación que, derivando de uno de los invariables fenómenos de la naturaleza, debe haber permanecido inalterable desde los tiempos primitivos. Los naturales de aquellos países pudieron muy bien llamarse, como entre ellos todavía se observa, «hijos de Occidente» ó *Ait Sus*, y nos afirma en nuestra creencia el que aun hoy día se designe en Oriente á los marroquíes llamándoles *El Mogrebrín*, que idéntica significación tiene, y que en los primeros tiempos de la conquista designasen los árabes todo el territorio comprendido entre el Muluya y Haha con el nombre de *Sus-el-Adna* ú Occidente medio, para distinguirlo de *Sus-el-Acsa*, ó extremo Occidente. De suerte, que Sus no fué así llamado por el capricho de los invasores islamitas, sino que estos adoptaron la denominación usada en el país, y como los romanos no habían jamás llegado á él, no puede suponerse que haya sufrido aquella alteración alguna desde que empezó á poblarse.

Sentado, además, que ningún autor ha alcanzado á demostrar satisfactoriamente el verdadero origen de la genuina raza berberisca, cuyo idioma se conserva intacto á la par que estacionario, no es de extrañar nuestra suposición de que al efectuarse la expedición cartaginesa á que nos referimos, los indígenas debiesen llamar Sus á aquella parte del africano continente. En este caso, nada de extraordinario encontramos en que el caudaloso río á do aportara Hannon, fuese por éste llamado con el mismo nombre de la localidad, esto es, río de Ait Sus.

¿Existe tan gran diferencia eufónica entre Ait Sus que se pronuncia It-Sus, y Li-xus ó Lic-sus que no hubiesen podido confundirse, ó sufrir alguna modificación al consignarlos Hannon en la hoja de papiro y al trasladarlos desde esta á la lámina de bronce copiada por Scylax?

Tanto por su configuración como por la naturaleza de sus terrenos, lejos están las márgenes del Luccus de poder servir de punto de reunión á tribus nómadas ó errantes, dedicadas al pastoreo, y si en su cuenca actual se distingue entre las sinuosidades de su corriente una península llamada Adir, en donde efectivamente pacen los ganados del imperial patrimonio, téngase presente que está estrictamente formada por las mismas tierras de aluvi6n que cegaron por completo el antiguo puerto del romano Lixus y que van enalteciendo, por medio de estratificadas capas de barro, otro espacio pantanoso entre el *Xammix* y Larache, que hoy es ya una isla y que más tarde acabará por obstruir la boca del Luccus, convirtiendo toda su cuenca en una gran laguna cuyas estancadas aguas produzcan mefíticas emanaciones y hagan por consiguiente inhabitable el país. Además, la zona recorrida en

Cussii que habitaban en las montañas en donde se hallan sus manantiales (1), y que según otros autores ha tomado á consecuencia de la gran sinuosidad de su corriente, que describe varios arcos llamados en árabe, según ellos, Kós, lo cual no deja de ser otro error, puesto que arco se expresa en aquel idioma por Káus, cuyo plural es Kuás.

Después de haber celebrado amistoso pacto con los Lixitas, diéronse á la vela los cartagineses con objeto de ir á fundar nuevos establecimientos; mas nosotros, que siguiendo su derrotero hemos logrado aportar al país que nos propusiéramos descubrir, permaneceremos en él con los colonos que estableció Hannon entre los indígenas.

La constitución geológica de la cuenca del Luccus da á comprender la preferencia que hubieran podido dar á estos sitios los primitivos colonizadores. Las movedizas dunas que hoy ceden con dificultad angosto cauce á las aguas marinas como á las fluviales, según que sea la hora del flujo ó de la baja mar; la pantanosa y extensa isla que formada en su totalidad de terrenos de aluvión y entrecortada por numerosos caños y brazos de la ría, se halla á 2 000 metros de su boca; el aumento que por accesión tiene cada día la especie de valle que parece irse terraplenando con los arrastres y con los sedimentos de las aguas, ó los desprendimientos de las márgenes del río y de las vecinas alturas que en forma de arco se destacan sensiblemente de las disgregadas arenas y de los estratificados barrizales, presentan distinta, tan viva la imagen de lo

todos tiempos por las tribus pastoras no ha sido jamás la que ocupa el reino de Fez, sino la región media entre las vertientes meridionales del Atlas y el Gran Desierto.

Finalmente, ni el río Luccus viene de la Libia, que según Ptolomeo se encuentra al S. del Atlas, ni se encuentran en las montañas de la parte superior de su curso aquellos etíopes salvajes ó negros trogloditas á que el Periplo se refiere.

En vista de tales consideraciones, cuya ilación y cuya consecuencia son innegables, ¿se dudará todavía que el río Luccus de Larache no es el río Lixus de Hannon, á pesar de que puede haber sido el de los romanos?

(1) Al SE. de Yebel Habib se encuentra otra montaña habitada por la cabila gumari de Beni Hamed, dividida en varias fracciones, entre las cuales figura la de Kuax, cuyo significado es de Caleros. Tan remota es la semejanza entre este nombre y el que indica el Sr. Gräberg, que no vacilamos en asegurar que ninguna existe.

que pudieron ser veinticinco siglos atrás estas inmediaciones, que sin necesidad de internarse en el intrincado laberinto de las probabilidades, bien podemos formarnos acertado juicio de su importante realidad.

Abstracción hecha de las dunas que parecen sobrepuestas y que indudablemente no existían en aquella época, debióse presentar á la vista de los aventureros navegantes, no ya la boca del actual río, sino la anchurosa entrada de una hermosa bahía limitada al N. por los elevados terrenos de lo que hoy se denomina Sáhel, terminados por la parte del mar en un pequeño cubo negruzco llamado el *Emcásera* por los indígenas y al SO. á 50 metros de elevación sobre el Océano en el mismo punto que hoy ocupa Larache, por las extensas llanuras cubiertas de bosques que con igual nivel corren hasta las márgenes del río Sebú (1).

Al penetrar en la bahía debía llamar la atención cierta colina que, adelantándose desde la derecha orilla, formaba á su parte oriental un gran recodo; especie de puerto interior muy abrigado y seguro, mientras que en el fondo y á la distancia de dos á tres leguas de la colina, los ríos Emjázen, Uarur y el Lucus unían sus aguas á las de la mar, de suerte que á las indisputables ventajas que el puerto proporcionaría á la colonia que allí llegase á establecerse, debía unirse la de la facilidad que la navegación fluvial prestase para sus amistosas á la par que útiles relaciones con los indígenas. Por otra parte, la colonia en cuestión reunía cuantas condiciones pudiesen apetecer los colonos; fortaleza natural, piedra de construcción, aguas corrientes (2), extensos bosques en las inmediaciones, caza abun-

(1) Hé aquí con los nombres propios modernos la limitación de la cegada bahía, considerándola vacía de tierras de aluvión, barrizales y dunas y ocupada exclusivamente por las aguas del mar. El cabo de la *Emcásera*, la altura de *Sidi el Hairi*, el *Xammix*, la colina de *Sidi Embarec*, *Uad-el-Emjázen*, los terrenos existentes entre este río y el *Uarur* y los que se encuentran desde el *Uarur* hasta la *Merisa*, ó pequeña laguna; *Sidi Gueddar*, la vertiente septentrional del bosque de *Buxáren*, *Sidi Uaddar*, las huertas de Larache y esta misma ciudad.

(2) En el actual Tchar del Jemis de Sahel, á una hora al NE. de *Xammix* existe un abundante manantial cuyas aguas surtían el antiguo Lixus. Así parecen indicarlo las arruinadas cañerías cuyos vestigios se encuentran todavía en la indicada

dante, inagotable pesca y territorio feraz. Pudo, pues, quedar fundada la colonia de una manera tan próspera como favorable. Mas ¿cuál sería su verdadero nombre? Todo vestigio histórico ha desaparecido desde que destruida Cartago y declarada más tarde la Mauritania, provincia romana, envió la señora del mundo sus propias colonias á la costa del Atlántico, y que partiendo del general error ó adoptándole entonces impremeditadamente, creyó reconocer en el Kus el Lixus de Hannon y dió á la colonia de Xammix el imaginario nombre del río (1). Confirma nuestra suposición la circunstancia que en

dirección. La fuente se llama hoy *Ain-el-Jammam*. En el Jemis debieron tener sus casas de recreo los habitantes del Lixus, á juzgar por otras ruinas de las que hará cosa de 20 años se sacó una pequeña tortuga de oro macizo.

(1) Recuérdese que más arriba indicamos que Xammix es nombre común á varias localidades de Egipto, en donde por espacio de larguísimos años, y después de haberse retirado al Heyaz el rey Ifrikos, permanecieran las tribus de Gumara, Sumata, Ketama, Sanjaya y Huara. Vinieron estos pueblos á la Mauritania con tantísimos siglos de anterioridad á la invasión árabe, que mezclándose con los berberiscos llegaron á perder sus propias costumbres y el originario idioma, pero no el nombre de las respectivas tribus que desde entonces se convirtieron en cabilas. Idólatras y procedentes de Egipto, muy bien pudieron fundar la ciudad de Xammix, denominación que indica como una reminiscencia del culto del Sol tan extendido en Oriente.

La forma berberisca de *Tchemmes*, que se reconoce en el nombre de Xammix, parece dar gran peso á nuestra opinión; pero no tanto que nos permita desechar por completo la sospecha de que pudiese haber sido aquella ciudad una factoría cartaginesa establecida á consecuencia de alguna de las aventureras expediciones que los ciudadanos de aquella república llevaron á cabo después del famoso viaje de Hannon.

De todos modos, el nombre de Xammix es exótico, pues ni pertenece al puro árabe ni al verdadero berberí. Ha venido de Egipto, en donde tanto pueden haberlo importado las tribus del rey Ifrikos como los cartagineses. Las primeras tienen en su favor la proximidad á estos sitios en que todavía viven y el hecho de la fundación en las cercanías de Alcazarquivir, atribuida á los Ketamas. Apoya á los segundos su propio origen, ya que Cartago fué colonia de Tiro y que los fenicios procedían de Egipto y que en dicho país, según Heródoto, existía antiguamente la ciudad de Xammix, llamada más tarde Panópolis, á consecuencia de haber sido consagrada al dios Pan.

Permitásenos que siguiendo análogo orden de ideas nos expliquemos el origen del nombre Kus atribuido al río Larache.

Después de la dispersión de Babel, refugióse Xam á Egipto, en donde sus descendientes le adoraron bajo el nombre de Júpiter Ammon. El país fué apellidado Xami y en él tuvo lugar la fundación de varias villas y ciudades que llevaron aque-

su libro v, cap. 1, consigna Plinio; de que *Lixus* ó *Lixon* fundada por Claudio César (503 C.º) dista 32 000 pasos de Zilis (Arzila). Si los pasos son de á siete piés geométricos, la distancia es exacta. *Dar Ensarani*, ó las ruinas que nosotros suponemos ser de la antigua *Tabernis*, se encuentran á medio camino de Lixus á Arzila, yendo por la costa. La dominación romana se extendió, pues, hasta Saloé en la costa occidental marítima y hasta Volubilis, hoy Zauya Muley Dris al S. de Fez, en cuyo territorio se hallaba enclavada y rodeada de fuertes murallas rectangulares el pretendido Lixus líbico.

Durante la invasión de los vándalos, que desde los años 438 á 533 de la era cristiana devastaron el África Septentrional, debió sucumbir el Lixus con las demás ciudades romanas al furor de aquellos bárbaros; no de otro modo se explica la total destrucción de sus muros formados de enormes sillares, cuya mole causa hoy día admiración, pues si hubiese sido debida á algún fenómeno geológico, no permanecerían como hoy se encuentran perfectamente alineadas y perpendiculares sobre su asiento aquellos labrados pedruscos. Después de la referida época, no volvieron los romanos á hablar de su perdido Lixus, ni tal nombre se encuentra entre los de las ciudades reconquistadas ó reedificadas por los griegos del Bajo Imperio, y las crónicas árabes guardan profundo silencio acerca del Xammix, lo cual hace suponer que al invadir los mahometanos esta parte de la Mauritania no existía ya tal población.

Las ruinas del Lixus ofrecen tres órdenes de arquitectura perfectamente apreciables á la simple vista. Las murallas cartaginesas con sus voluminosos sillares, con su rectangular trazado y su acueducto, que derruido y cubierto de informes

lla ó parecida denominación. En nuestros días Damasco conserva en árabe el mismo nombre de Xam, que también fué su fundador.

Entre otros hijos tuvo Xam á Kus, que á su vez fué el padre de los etíopes ú hombres de raza negra. Y aquí decimos nosotros: si el nombre de Xammix fué importado de Egipto por las tribus del rey Ifricos ó por los cartagineses, ¿por qué no pudieron unos ú otros haber aplicado el de Kus, que era el del hijo de un dios, de cuyo líbico país quizás creyeron que procedía el caudaloso río que encontraran junto á su flamante colonia?

rocas recuerda las ciclópeas construcciones de los tiempos primitivos, forman visible contraste con el derruido torreón romano; con el cegado puerto, cuyo ámbito deslinda todavía perfectamente la vetusta pared que debió sustentar el ausente muelle; con las truncadas columnas, cuyos destrozados basamentos y rotos capiteles esparcidos acá y acullá en informes fragmentos no parece que hayan podido embellecer jamás las opulentas viviendas de los orgullosos hijos del Lacio; mientras que sobreponiéndose á unas y á otras y apoyados parte en el romano pilar y parte en la púnica muralla, subsisten todavía ciertos recintos cuadrilongos de cuarteadas paredes, cuyos puntiagudos testeros han sostenido indudablemente el pajizo techo propio de la berberisca cabila. Véanse, además, algunos paredones de 6 á 7 metros de elevación; muchos sótanos cuya única abertura en su bóveda denota que pudieron haber servido de silos ó de cisternas, y una calle cuyo trazado y dirección poco trabajo costaría determinar; todo ello cubierto de tierra, dorado por los abrasadores rayos del sol de África, esmaltado con el singular matiz de los cereos líquenes y el aterciopelado verde de los musgos, oculto entre las altas hierbas ó debajo del enmarañado matorral, desquiciado por las raíces del lentisco y de la higuera silvestre y ennegrecido en varios sitios por el fuego.

Un fragmento de losa mortuoria latina enviada 14 años hace á Inglaterra y varias monedas de oro y de plata con las efigies de Nerva, de Domiciano, de Trajano y de Alejandro Severo, es todo cuanto ha podido recoger la actual generación de ese mismo Lixus, entre cuyos escombros apacenta hoy el supersticioso árabe algunas escuálidas reses, temeroso de interrumpir el silencio sepulcral que en aquella triste soledad reina, ó de turbar el reposo de cualquiera de los innumerables genios maléficos que á su entender andan constantemente vagando por entre los derruidos paredones, por entre las cenicientas peñas y asomando á menudo su horrenda faz, en acecho siempre del desgraciado mortal que hacia allí dirija su planta; pero sin sospechar siquiera que aquellos sitios tan tristes hoy, tan solitarios y pavorosos, resonaron en las pasadas

edades con los cánticos de la alegría, con el bullicio de la actividad agrícola, con la algazara propia de las faenas marítimas y con el estrépito de las armas, y mucho menos que hubiesen sido emporio de riqueza, á la par que centinela avanzada de la civilización de Oriente.

Larache 15 de Febrero de 1882.

TEODORO DE CUEVAS.

APÉNDICE.

Mucho tiempo después de haber escrito el presente estudio del Bajalato de Larache, en 1884, hemos podido obtener una copia de la inscripción á que se refiere el texto, cuya traducción tomamos de M. Titsot:

Ι Μ Ο Γ · Ν Ε Ο Γ · Λ Ο Γ
 Τ Ο Υ · Ν Ο Μ Α Ε Υ Ρ Η Δ Τ Ρ Ι
 Ε Ν Ο Α Δ Ε Κ Ε Ι Μ Α Ι Ο Ρ Ο
 Ν Ω Ι Ω Β Ι Ω · Π Α Α Γ
 Α Α Ε Ξ Α Ν Δ Ρ Ο .
 Ε Τ Ω Ν Κ Β

Es sencillamente un epitafio que dice:

«El nombre de mi padre es Eurípides. Aquí fui enterrado después de haber hecho una rápida aparición en la vida. Alejandro, fallecido á la edad de 22 años.»

Esta inscripción indica que también debió existir en el sitio que ocupa Alcazarquivir una colonia griega, ó que tal vez, en la colonia romana, vivían algunas familias griegas que redactaban sus epitafios en el idioma patrio. ¡Lástima que no haya sido posible encontrar en aquel punto ninguna otra lápida contemporánea de la que acabamos de transcribir!

ADICIONES Y ENMIENDAS.

En la pág. 73, y al fin del tercer párrafo, corresponde la nota siguiente: Al N. del río *Gharifa*, y á unas dos horas de marcha por la playa, se encuentra la ría de *Taheddart*, en donde suponen los geógrafos haber existido el puerto romano de *Ad Mercuri*, del cual no queda vestigio, á consecuencia tal

vez del gran crecimiento que ha experimentado buena parte de la costa occidental de Marruecos por la acumulación de las arenas del mar que en ella se observa.

Taheddart era el punto por donde efectuaron constantemente sus invasiones los portugueses. En el siglo último se hacía por allí gran extracción de carbón vegetal elaborado en la selva de *Reglau*, mandada arrancar por el sultán Muley Abderrajman, con objeto de proteger el paso de las caravanas que en aquellos sitios eran de ordinario saqueadas por emboscadas bandas de montañeses. Las ruinas que á orillas de la ría se ven son restos de la aduana en donde se percibía el derecho devengado por los carbones. La ría de *Taheddart* está formada por las aguas del *Maharjar* y las del *Meshra-el-Jashef* al reunirse á poniente de las colinas llamadas *Aócba el Jámara*, en las que estaba situada la mencionada selva. El *Maharjar*, río de los hundimientos, así llamado por los que tienen á menudo lugar en sus márgenes, viene de la parte NE. de *Beni-Emsúar*, besa la parte meridional de la montaña de *Ain Dalia*, *Fuente de la Parra*, y dirigiéndose al O.-S. forma á su paso varios pantanos, entrando luego en el *Taheddart*.

En cuanto al *Meshra-el-Jashef*, vado de la *Uña del Cincora*, baja de una garganta formada por el *Jebel-Habib Benider* y *Beni-Emsúar*, pero en aquellos sitios le denominan *Uad-el-Jarroob*, río de los Algarrobos. Su dirección general es E.-S., NNO.

Diremos para terminar que las cuencas de *Meshra-el-Jashef* y *Maharjar* se encuentran separadas por las referidas colinas de *Aócba-el-Jámara*, nombre que equivale á *Cuesta Roja*.

Página 88, línea segunda, añádase la siguiente nota: Entre los chora de *Charruaj* y *Shiar* nace el *Ain-Tefel*, riachuelo que serpenteando va á desaguar con el nombre de *Uad-Défela* ó río de las Adelfas, al S. del cabo Cenitoso, bañando de paso la tumba de cierto santón llamado *Sidi-Bucasibat*.

Página 88, línea quinta, añádase al fin del renglón esta nota: con el *Ain-Cattá*, tomando luego el de *Uad-Fecrun* ó río de las Tortugas.

MISCELÁNEA.

EUROPA.

FERROCARRILES FRANCO-ESPAÑOLES.— Parece que han terminado ya las conferencias acerca de las dos nuevas líneas que han de atravesar los Pirineos, y que son las siguientes: una, desde Zaragoza por Huesca y Canfranc, con un túnel internacional en Somport, de 4 kilómetros de longitud, y que irá á terminar en Oloron; otra, que debe seguir el valle del Noguera Pallaresa, atravesando la divisoria con el túnel de Solanut, de 3 kilómetros, y desembocando en Francia por el departamento del Ariège.

ASIA.

TRIANGULACIÓN EN LA INDIA.— Se ha terminado en la India el enorme trabajo de triangulación empezado por los ingleses en 1804 y á cargo del Mayor Lambton. Compónese de más de 3 400 vértices, marcados todos por medio de columnas ó señales de piedra y que cubren el vasto imperio británico en el Asia, haciéndolo tan conocido como cualquier país civilizado de Europa.

LOS RUSOS EN EL ASIA.— Según la *Gaceta de Moscou*, la adquisición de Meru por la Rusia, envuelve la necesidad de anexionarse la cuenca del Murgab y aun parte de la provincia de Herat: no pretende molestar á los ingleses en la India; pero necesita asegurar sus relaciones con el Afganistan y cree que Inglaterra debe contentarse con las fronteras naturales del Indo y del Himalaya. Parece que sobre este asunto median ya comunicaciones diplomáticas entre Londres y San Petersburgo, y solo es cuestión de tiempo un arreglo definitivo.

Así empiezan, sin embargo, las cuestiones territoriales y luego terminan con frecuencia dirimiéndose con las armas.

PRINCIPADO DE SAMOS.—Hay sobre la costa asiática del mar Egeo, un principado no muy conocido ni descrito en los tratados de Geografía: es el de Samos, que se compone de la isla de este nombre y las pequeñas de Nicosia, Lesbos, Pleurna y Patmos. Habítanlas unas 50.000 personas. La pequeña isla de Patmos es célebre porque se cree que en ella permaneció San Juan, autor del Apocalipsis.

Este principado reconoce la soberanía del Sultán de Turquía que en él mantiene una corta guarnición. La capital es Puerto Vathy, pueblecillo de 500 casas y unos 2.000 habitantes. La tierra es rica, sobre todo en viñas y olivos, manteniendo un comercio de importación y exportación que no baja de 20.000.000 de pesetas.

Los habitantes pertenecen todos á la religión cismática griega y ningún musulmán puede poseer terrenos en el principado. El griego es el idioma único del país.

AFRICA.

REGENCIA DE TÚNEZ.—Los franceses han hecho de la regencia de Túnez dos divisiones militares, que se subdividen en veintiun círculos; nueve para la división del Norte cuya capital es Túnez, y doce para la del Sur que tiene por cabeza á Susa.

La población total de la Regencia, es sólo de 1.500.000 habitantes, entre los cuales se cuentan unos 40.000 judíos y más de 50.000 europeos.

El cultivo de la vid se prosigue con afán, y la colonización y los establecimientos agrícolas aumentan sobre todo en el valle del Meyerda.

VIAJE DE M. FOUCAULD EN MARRUECOS.—El viajero francés M. Foucauld da á la Sociedad Geográfica de París, una suma-

ria cuenta de su viaje por Marruecos durante el año anterior. Dice que salió de Tanger con recomendaciones y cartas del Xerif de Uasan, dirigiéndose á Fez desde donde hizo varias excursiones parciales. Pasó luego á Tadmra y de allí cruzó el Atlas por el collado de Glauí, descendiendo hacia Sáhara por Ait Zaineb y Tazenajt: atravesó por el puerto de Agni la segunda cadena de montañas desde cuyas vertientes meridionales comienza el desierto. Allí visitó los grandes oasis de Tissint, Tata, Aka y llegó hasta las márgenes del Dráa, límite de su viaje por aquel rumbo.

Dió la vuelta luego por Agadir Irir y el río Sus, pasando por Tarudant, Iqli y Ait Yellala, y volviendo de nuevo por Tazenajt desde donde se dirigió hacia el NE., tocando en Mezquita y Ait Sedra (cuenca del Dráa), y por varios puntos correspondientes á las cuencas del Dades y del Ziz, hasta desembocar en la del Muluya: siguió por último el curso de este río hasta Reschila y continuando por Misur, Uta, Ulad-el-Hach, Dar-el-Chaui, Kasba-el-Aiun, terminó su expedición en Uxda.

Concluye su carta haciendo una comparación entre Marruecos y Argelia y expresándose como sigue:

El viajero que cruza por Marruecos después de haber visto la Argelia, no puede menos de hacer un paralelo entre estas dos partes del Mogreb, tan cercanas y tan diferentes; Argelia, esta assolada por la sequía durante nueve meses del año y devastada los inviernos por las inundaciones; sus ríos van sin agua, ó son torrentes impetuosos; y sus campos sin árboles; su población es nómada, perezosa, turbulenta y fanática: Marruecos tiene en cambio altas y nevadas montañas, coronadas de nubes, el Atlas, que retiene las lluvias invernales para distribuir sus aguas durante el estío, dejándolas correr suavemente á medida que los calores aumentan; sus grandes ríos son siempre caudalosos; posee extensos bosques y sus inmensas llanuras son de fertilidad extraordinaria, y por último, lo pueblan en su mayoría Bereberes, gente de gustos sedentarios, acostumbrada al trabajo y de carácter práctico.

EXTRACTO
DE LAS
ACTAS DE LAS SESIONES

CELEBRADAS POR LA SOCIEDAD Y POR LA JUNTA DIRECTIVA.

JUNTA GENERAL.

Sesión del 6 de Mayo de 1884.

Presidencia del Sr. Rodríguez-Arroquia.

Abierta la sesión á las nueve y media de la noche, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Se dió lectura al dictamen sobre las cuentas de la Sociedad en el próximo pasado año de 1883, presentado por los Sres. Revisores. La Junta aprobó este dictamen, y por unanimidad otorgó voto de gracias al Tesorero Sr. D. Cándido Sebastián, según aquellos proponían.

Después los Sres. Torres-Campos y Ferreiro leyeron respectivamente la Reseña de tareas y actas de la Sociedad y la Memoria sobre el progreso de los trabajos geográficos. La Junta tributó nutrido aplauso á los Sres. Torres-Campos y Ferreiro, y les otorgó también unánime voto de gracias que, á propuesta del Sr. Coello, hizo extensivo al señor Presidente por la actividad y acierto con que había logrado impulsar los trabajos de la Sociedad y levantar su nombre y su importancia, y también por el vivo interés con que procuró la reunión y favorables resultados del Congreso español de Geografía colonial y mercantil.

Se procedió á votación para elegir Presidente, dos Vicepresidentes, un Secretario adjunto y doce Vocales de la Junta Directiva; y hecho el escrutinio, resultaron elegidos ó reelegidos y fueron proclamados.

PRESIDENTE.

Excmo. Sr. D. Angel Rodríguez-Arroquia.

VICEPRESIDENTES.

Excmo. Sr. D. Hilario Nava.

Ilmo. Sr. D. Cesáreo Fernández-Duro,

SECRETARIO ADJUNTO.

Sr. D. Adolfo de Motta.

VOCALES.

Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.

Excmo. Sr. D. Federico de Botella.

Sr. D. Francisco Gorostidi.

Excmo. Sr. D. Fernando Primo de Rivera.

Sr. D. Lucas Mallada.

Sr. D. Juan José Jiménez-Delgado.

Sr. D. Luis García Martín.

Excmo. Sr. D. Antonio Andía.

Sr. D. Francisco Codera.

Sr. D. Juan Vilanova.

Sr. D. Sergio Suárez.

Sr. D. Vicente de Vera.

Obtuvieron también votos: para Presidente, el Sr. Coello, y para Vocales los Sres. Bonelli y Jiménez de la Espada.

Por último, fué admitido en la Sociedad el Sr. D. José Vignote, abogado.

Y se levantó la sesión á las once.

JUNTA DIRECTIVA.

Sesión del 13 de Mayo de 1884.*Presidencia del Sr. Rodríguez-Arroquia.*

Abierta la sesión á las diez menos cuarto de la noche, con asistencia de los Sres. Abella, Foronda, Botella, Andía, Gorostidi, Concas, Mallada, Jiménez Delgado, Vilanova, Suarez, Vera, Ferreiro, Torres-Campos y Motta, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Se dió cuenta del despacho ordinario.

Se leyeron los nombres de los señores que forman la Junta Directiva, tal como había quedado constituida después de las elecciones verificadas en la Junta general del corriente mes. Los nuevos Vocales tomaron posesión de sus cargos, y fueron designados los Sres. Mallada, Vilanova y Suárez, para la Sección de Publicaciones; el Sr. Primo de Rivera, para la de Correspondencia; el Sr. Jiménez Delgado, para la de Contabilidad, y el Sr. Vera, para la de Gobierno interior.

Se participó que habían fallecido los socios D. José Jenaro Villanova y D. Federico Villalba. La Junta declaró unánime su doloroso sentimiento por tan irreparables pérdidas.

Se leyó el programa de un certamen científico y literario que abre la Sociedad colombina onubense y se acordó reproducirlo extractado en las páginas del BOLETÍN.

Acordó después la Junta que se remitieran inmediatamente á la Exposición de Ciencias geográficas de Tolosa, ejemplares del BOLETÍN de la Sociedad, de las actas del Congreso español de geografía y de las obras publicadas por los individuos de aquella Sres. Vilanova, Coello, Botella, Macpherson, Vera y otros. El Sr. Mallada participó que sus obras formaban parte de la colección que presentaba en la mencionada Exposición la Comisión del mapa geológico de España. Resolvió también la Junta que de los trabajos necesarios para reunir á la mayor brevedad las obras de los citados señores y remitirlas al Sr. Lluch, Vicecónsul de España en Tolosa, se encargase el Sr. Vilanova, auxiliado por el Oficial de secretaría.

El Sr. Vilanova pidió autorización á la Junta para leer ante ella y someter al juicio de sus doctos individuos las definiciones de voces geológicas y geográficas que han de formar un Diccionario que tiene en preparación. Por unanimidad acordó la Junta celebrar una ó varias sesiones extraordinarias para oír la lectura de dichas definiciones y citar especialmente con este objeto á los individuos de mayor autoridad en las ciencias á que aquellas se referían.

Se acordó, por último, que en la próxima reunión ordinaria pronunciara el Sr. Foronda la Conferencia que había ofrecido.

Y se levantó la sesión á las once.

REUNIÓN ORDINARIA.

Sesión del 20 de Mayo de 1884.

Presidencia del Rvdo. Obispo de Puerto-Victoria.

Abierta la sesión á las nueve y cuarto de la noche, el Sr. Rodríguez-Arroquia, Presidente de la Sociedad, participó que se había dignado concurrir á esta Reunión el Rvdo. Obispo de Puerto-Victoria, á quien ofreció la Presidencia. Ante las reiteradas instancias del Sr. General Arroquia, pasó á ocupar el sillón presidencial el Ilmo. Sr. Obispo.

Acto seguido, se leyó y aprobó el acta de la anterior, é ingresaron en la Sociedad los Sres. D. Pedro de Carrere, Secretario de embajada, y D. Luis Sorela, Teniente de Infantería de marina.

Previa invitación del Sr. Presidente de la Sociedad, el Ilmo. Sr. D. Manuel de Foronda leyó su anunciada Conferencia *De Llanes á Covadonga*, que íntegra publicará el BOLETÍN. La Reunión mostró con nutrido aplauso la complacencia con que había escuchado la erudita y amena disertación del Sr. Foronda, á quien el Sr. Presidente de la Sociedad, en nombre de esta, felicitó y dió gracias muy expresivas.

Y se levantó la sesión. Eran las once y cuarto.

REUNIÓN ORDINARIA.

Sesión del 27 de Mayo de 1884.

Presidencia del Sr. Rodríguez-Arroquia.

Abierta la sesión á las nueve de la noche, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Acto seguido, y previa invitación de la Presidencia, usó de la palabra el Reverendísimo é Ilmo. Sr. Obispo de Puerto-Victoria.

Suplicó, ante todo, la indulgencia del auditorio, porque, según dijo, mucho la necesitaba, cuando sin preparacion ninguna y después de largos días de viaje, se presentaba á la Sociedad á reiteradas instancias del Sr. Presidente, para dar noticia geográfica de la Australia y de las misiones católicas fundadas en aquel lejano país. Además, aunque nacido en España, hacía cuarenta y seis años que estaba ausente de la patria, y había perdido el hábito de expresarse con facilidad y precisión en nuestro idioma.

No hace aún un siglo, principió diciendo, que en Europa apenas se tenía idea de la Australia; únicamente se sabía que en la parte austral del Océano Pacífico existía una gran isla á la que se denominaba Tierra incógnita. Sin embargo, ya en los primeros años del siglo XVII, esto es, en el 1606, los españoles Quirós y Torres habían visto esta isla; el primero la dió el nombre de Australia, y el segundo navegó, siguiendo su costa oriental, hasta el estrecho que conserva y ha inmortalizado su nombre entre la Australia y la Nueva Guinea. Después, al reconocerla los holandeses, recibió el de Nueva Holanda y aun el de Gran Java. El inglés Cook, en 1769, fondeó en la bahía que por las muchas y nuevas plantas que allí vió llamó *Botany Bay* ó Bahía Botánica, nombre con que durante muchos años se conoció la isla entre los ingleses. Tomó entonces mismo posesión formal de la región en que dicha bahía se encuentra, y la denominó *Nueva Gales del Sur*.

Cuando al terminar el siglo XVIII, Inglaterra perdió sus colonias de América, buscó compensación en Oceanía, por indicación de Cook; en 20 de Enero de 1788 desembarcaron en Bahía Botánica, procedentes de la Gran Bretaña, 200 soldados, 757 presidiarios y algunas mujeres y chiquillos, total 985 personas. No agradó el país á los nuevos pobladores de la Australia, y seis días después pasaron á establecerse á un puerto inmediato hacia el Norte, que Cook había llamado *Puerto Jackson*, donde hoy está la ciudad de Sydney. En 1803, algunos soldados y presidiarios ocuparon la isla de Tasmania ó Van-Diemen, al Sur de la Australia, de la que le separa el estrecho de Bass, y sucesivamente se fueron estableciendo otras colonias, las de Melbourne y Brisbane, las que se han separado de Sydney, superando hoy á esta Melbourne. Brisbane, fundada en la tierra llamada Queensland, fué primero depósito de confinados, y pronto llegó á ser una de las más florecientes colonias. Una Sociedad inglesa con aprobación de aquel Gobierno y bajo su inspección fundó directamente la colonia de Adelaida en la Australia meridional, donde, siguiendo el sistema de centralización, se construyó la ciudad con magníficas calles y edificios que eran verdaderos palacios; y contra lo que es costumbre entre los ingleses, se abandonó el cultivo de las tierras, y en medio de tanto lujo y riqueza aparente, reinaba la mayor miseria, resultado del sistema de centralización. El público, defraudado en 4.500.000 pesetas, y sin pan que comer, se dispersó por la colonia y se dió á la agricultura. De aquella época data el principio de la prosperidad de la colonia que vino á ser el emporio de toda la Australia, y lo siguió siendo hasta el descubrimiento del oro.

En 1832 se presentó en la Sydney el primer misionero católico, un benedictino inglés, y aunque había ya misiones protestantes de varias sectas, el gobernador de Australia, de acuerdo con el gobierno inglés, favoreció á los católicos lo mismo que á los protestantes.

Ya en esta época se había establecido una colonia en la Australia occidental (en 1.º Junio de 1829), capital Perth, y en la Australia septentrional, donde, no en el Continente, sino en la inmediata isla Melville, se había fundado un establecimiento que luego se trasladó á la bahía de Raffles en el continente australiano, y en seguida á puerto Essington, como depósito militar y refugio de navegantes. En este puerto fundaron la ciudad que llamaron Victoria (sede titular del orador), que juntamente con la colonia fué abandonada en 1849 y cedida después á la de Adelaida que enlazó con línea telegráfica su capital con Puerto-Darwin, el segundo de la Australia (no muy distante al oeste de Victoria), que toma su nombre del tristemente célebre naturalista inglés que

quiso que la raza humana descendiese de la del mono. Tres años se emplearon en buscar camino para la línea (de 2.200 millas), que en menos de dos se construyó prolongándose un mes después, en Octubre de 1872, por el cable submarino hasta la isla de Java y de allí á todo el mundo telegráfico.

Respecto á productos, dijo el orador que los frutos útiles para la vida son tan extremadamente escasos, que se pueden considerar como nulos, reinando por consiguiente la mayor miseria entre aquellos indígenas. Los animales abundan algo más, y citó entre ellos el cangurú que es el mayor del país; una especie de conejo y otros, todos marsupiales menos los ratones y perros que aullan y no ladran; entre las aves el emú, especie de avestruz, que de una patada derriba á un hombre; papagayos de varios colores, y cisnes negros como lo son también algunos loros. Hay culebras y lagartos de colosal tamaño y de carne muy blanca, fibrosa y de exquisito sabor de pescado.

Como los rios son muy escasos y de poquísima consideración, no abunda la pesca. En minerales figura en primer lugar el oro, cuya explotación atrajo miles de aventureros. Desde 1851 en que se descubrieron las minas hasta 1854 aumentó la población de la sola colonia de Victoria con 523 620 habitantes. Hay, además, minas de plata, cobre y hulla. También se han encontrado diamantes.

La población inglesa en su generalidad profesa el protestantismo y hay verdadero laberinto de creencias religiosas, porque son innumerables las sectas, siendo muy rara la familia en que todos sus individuos practiquen una misma.

Mucho antes de 1879, había ya seis colonias que son casi estados autónomos, porque Inglaterra se limita á nombrar un gobernador para cada colonia, y en casi todo lo demás cada colonia se rige con completa libertad é independencia.

La extensión territorial de dichas colonias es:

Nueva Gales del Sur.....	310 937	millas cuadradas.
Victoria.....	88 498	» »
Australia meridional.....	380 070	» »
Queensland.....	669 520	» »
Tasmania.....	26 215	» »
Australia occidental.....	1 000 000	» »
TOTAL.....	<u>2 474 940</u>	» »

Población en 1.º de Abril de 1881.

Nueva Gales del Sur.....	750 800
Victoria.....	858 582
Australia meridional.....	279 615
Queensland.....	218 000
Tasmania.....	115 600
Australia occidental.....	30 200
TOTAL.....	<u>2 252 797</u>

sin contar la población salvaje.

Ingresos en 1879.

Nueva Gales del Sur.....	4 475 059 libras.
Victoria.....	4 621 520 »
Australia meridional.....	1 662 498 »
Queensland.....	1 461 824 »
Tasmania.....	375 367 »
Australia occidental.....	196 315 »
TOTAL.....	<u>12 792 583 »</u>

Comercio de importación en 1879.

Nueva Gales del Sur.....	14 198 847 libras.
Victoria.....	15 035 538 »
Australia meridional.....	5 014 150 »
Queensland.....	3 080 889 »
Tasmania.....	1 267 475 »
Australia occidental.....	407 299 »
TOTAL.....	<u>39 004 198 »</u>

Comercio de exportación en 1879.

Nueva Gales del Sur.....	13 086 819 libras.
Victoria.....	12 454 170 »
Australia meridional.....	4 762 727 »
Queensland.....	3 434 034 »
Tasmania.....	1 301 097 »
Australia occidental.....	494 883 »
TOTAL.....	<u>35 533 730 »</u>

Tierra cultivada en 1879.

Nueva Gales del Sur.....	635 641	acres.
Victoria.....	1 688 275	»
Australia meridional.....	2 271 058	»
Queensland.....	401 052	»
Tasmania.....	456 484	»
Australia occidental.....	65 491 $\frac{3}{4}$	»
TOTAL.....	4 917 701 $\frac{3}{4}$	»

Ganado caballar en 1879.

Nueva Gales del Sur.....	360 038	cabezas.
Victoria.....	216 710	»
Australia meridional.....	430 052	»
Queensland.....	463 083	»
Tasmania.....	24 578	»
Australia occidental.....	32 411	»
TOTAL.....	926 872	»

Ganado vacuno en 1879.

Nueva Gales del Sur.....	2 914 210	cabezas.
Victoria.....	4 129 358	»
Australia meridional.....	266 217	»
Queensland.....	2 800 633	»
Tasmania.....	429 091	»
Australia occidental.....	60 617	»
TOTAL.....	7 400 426	»

Ganado lanar en 1879.

Nueva Gales del Sur.....	29 043 392	cabezas.
Victoria.....	8 651 775	»
Australia meridional.....	6 440 396	»
Queensland.....	6 065 034	»
Tasmania.....	4 834 441	»
Australia occidental.....	4 409 860	»
TOTAL.....	52 844 898	»

Ferrocarriles en 1879.

Nueva Gales del Sur.....	736	millas.
Victoria.....	1 125	»
Australia meridional.....	559	»
Queensland.....	503	»
Tasmania.....	178½	»
Australia occidental.....	72	»
TOTAL.....	3 173½	»
En construcción entonces y completadas ahora.	937¼	»
TOTAL.....	4 110¾	»

Telégrafos en 1879.

Nueva Gales del Sur.....	12 426	millas.
Victoria.....	5 736	»
Australia meridional.....	5 934	»
Queensland.....	7 891	»
Tasmania.....	949	»
Australia occidental.....	1 580¾	»
TOTAL.....	34 516¾	»
En construcción entonces y ahora completadas.	1 575	»
TOTAL.....	36 091¾	»

Contribución.

Paga cada individuo en:	£	s.	D.
Nueva Gales del Sur.....	1	15	7¾
Victoria.....	1	19	4¾
Australia meridional.....	2	4	3
Queensland.....	2	18	11½
Tasmania.....	2	2	6
Australia occidental.....	3	4	7½
<i>Término medio</i>	2	0	8¾

Actualmente, hay en la Australia dos arzobispados católicos, el de Sydney y el de Melbourne, y doce obispados, entre ellos el de Victoria ó Puerto-Victoria en la costa septentrional. Existe también un vicario

apostólico al norte de Queensland, y el abad *vere nullius* de Nueva Nursia en la parte occidental, dignidad con que también está investido el orador. Hoy, gracias á la libertad que han tenido los misioneros de la sola verdadera religión, la tercera parte de la población de Australia profesa el catolicismo.

El Gobierno inglés y las misiones de las varias sectas en que se divide la religión protestante, han hecho mucho en favor de la civilización de los indígenas, pero sin ningún buen resultado aparente: por otra parte, les han privado considerablemente de la libertad que gozaban y les han arrebatado todos sus bienes, de tal suerte, que la población salvaje, como sucede en todos los países en que domina Inglaterra, decrece considerablemente. Los misioneros protestantes han creído que con vestirlos á la usanza europea y enseñarles á leer, escribir, contar y cantar, cumplieran sus deberes y propósitos; pero con esto sólo han conseguido crearles nuevas necesidades, sin darles los medios de satisfacerlas, resultando de aquí que, hallando los indígenas que con saber aquellas cosas y vestir de aquel modo no remediaban su miseria, agobiados por esta, buscan por medio del crimen y de malas artes, los recursos de que carecen, ó vuelven al bosque á hacer vida salvaje para evitar morir de hambre.

Cuando el reverendo señor obispo llegó á la Australia en 1846, encontró á la población salvaje oculta en los bosques del interior del país, viviendo en la mayor miseria. Después de haber recorrido con sus compañeros de misión la distancia que hay desde Perth á Nueva Nursia (que entonces no existía), sin haber visto un solo indígena, halló algunos que al anochecer acudían á buscar agua en un manantial adonde sedientos también los misioneros, habían acudido. Harina, arroz, azúcar y té eran todas las provisiones que estos llevaban, y con ellas consiguieron atraerse las simpatías de aquellos pobres y miserables indígenas. Ya en relación con ellos, estudiaron su idioma y costumbres y fueron instruyéndolos en la verdadera religión, no sin grandes dificultades, nacidas ya de la falta de conocimiento de la lengua salvaje, ya del género de vida que hacen, pues viven aislados, en familia, sin formar tribu y siempre errantes, y ya, principalmente, de la escasez de subsistencias que afligía á la misión.

Grandes esfuerzos y sacrificios tuvieron que hacer los monges españoles, y especialmente el reverendo padre Salvado, para procurarse provisiones y reanudar su nobilísima tarea. Aquel y otro misionero, únicos que habían quedado de los cinco destinados á fundar aquella misión, pasaron á establecerse definitivamente en el lugar á que antes habían

llegado, que los salvajes llamaban Maura, y allí roturaron tierras, y cultivaron campos, y habiendo llegado á establecer una comunidad benedictino-española, construyeron una mayor iglesia y varios edificios, y fundaron, en suma, la floreciente colonia de Nueva Nursia, sin casi otro auxilio que el sudor de su frente y el casi insignificante trabajo que entonces podían obtener de los indígenas, gente la más degradada del mundo, pero de muy clara inteligencia, contra lo que de ellos dicen ó á lo menos decían los ingleses, porque no han conseguido nunca obtener los excelentes resultados que han logrado los misioneros españoles. No se contentaron estos con enseñarles la doctrina cristiana é instruirlos en leer, escribir y contar; pusieron además singular empeño en adiestrarlos en las tareas de la agricultura y de las artes mecánicas, consiguiendo así los salvajes con trabajo de sus manos y el sudor de su frente no solo los medios de satisfacer las necesidades que antes tenían y las nuevas que se crean, pero sí también el aprecio de las ventajas de la vida cristiana y culta. Hombres y mujeres educados en Nueva Nursia hallan siempre ocupación con gran facilidad en la casa de cualquier colono á quien se presenten, pues algunos son muy diestros en dirigir explotaciones agrícolas, y otros como mozos de labranza ó como esquiladores son muy buscados porque trabajan la tierra con gran habilidad, y no hay europeo que les pueda igualar, ni mucho menos superar, pues pocos son los indígenas que no esquilan 60 cabezas en un solo día, y uno de ellos llegó á esquilar 133 en un día. Las trasquilan sin atarlas. Entre las mujeres, todas también muy hábiles en los trabajos de costura y otros propios del sexo, las hay que manejan con gran destreza el telégrafo, y lo han probado con el hecho ser las primeras telegrafistas de aquel país.

Citó, por último, el orador varios casos que demuestran la clara inteligencia de los indígenas australianos y las ventajas del sistema adoptado para su educación por la misión benedictino-española de Nueva Nursia, la única católica existente en todo aquel continente australiano para la civilización de aquellos infelices: y terminó declarando rotundamente que no hay diferencia natural entre la capacidad intelectual del hombre blanco y la del indígena de raza australiana.

Con nutrido aplauso expresó el auditorio la satisfacción con que había escuchado la amena é instructiva Conferencia del Ilmo. y reverendísimo señor Obispo de Puerto-Victoria, á quien el Sr. Presidente dirigió respetuosas y expresivas palabras de felicitación, manifestándole, en nombre de la Sociedad, la gratitud de esta por la señalada honra que la había dispensado, dignándose pronunciar ante ella su conferencia.

Y se levantó la sesión á las once y cuarto.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO XVI.

MEMORIAS.

	Págs.
Memoria sobre la campaña de la corbeta <i>Doña María de Molina</i> (conclusión), por D. Tomás Olleros.....	59
Memoria sobre el progreso de los trabajos geográficos, por don Martín Ferreiro.....	306

CONFERENCIAS.

Conferencia sobre Congresos Científicos, pronunciada el día 15 de Enero de 1884, por D. Juan Vilanova.....	7
La Sultanía de Joló: Conferencia pronunciada por D. Víctor M. Concas el día 12 de Febrero de 1884.....	153
Dinamarca y el Congreso de Americanistas de Copenhague: Conferencias dadas por el Dr. D. Vicente de Vera.....	183
Conferencia sobre las relaciones de España con Joló, por D. Víctor M. Concas.....	400

ARTÍCULOS.

La situación del Cabo San Agustín en el Brasil el año de 1515..	22
Estudio general sobre el Bajalato de Larache (continuación), por D. Teodoro de Cuevas.....	31, 232, 365 y 425
Reseña geológica de la provincia de Valencia (continuación), por D. Juan de Vilanova.....	91 y 264
Ocho días entre los Vengas, por M. G. Duloup.....	201
El porvenir de la Península del Ouro, por M. Ernest Bunger....	212

	Págs.
Apuntes paleogeográficos: España y sus antiguos mares (continuación), por D. Federico de Botella.....	216
Expedición de M. Giraud.....	362
Edad geológica de las islas atlánticas y su relación con los continentes, por D. Salvador Calderon.....	377
<i>Necrologías.</i>	
Don Joaquín Rodríguez y Ordóñez.....	357
El Comandante de Estado Mayor, D. Ramón Jáudenes y Alvarez.	359

MISCELÁNEA.

<i>Europa.</i>	
Ferrocarriles franco-españoles.....	439
<i>Asia.</i>	
Triangulación de la India.....	439
Los rusos en Asia.....	439
Principado de Samos.....	440
<i>África.</i>	
Los portugueses en África.....	373
Viaje alrededor del África.....	373
Regencia de Túnez.....	440
Viaje de M. Foucauld en Marruecos.....	440
<i>América.</i>	
Estados-Unidos: Datos estadísticos.....	124
<i>Varios.</i>	
Sociedad de Geografía comercial y Sociedad de Africanistas....	125
Volcanes de la tierra.....	286

TAREAS Y ACTAS DE LA SOCIEDAD.

Extracto de las actas de las sesiones celebradas por la Sociedad y por la Junta Directiva.....	126, 287, 374 y 442
--	---------------------

ÍNDICE.

455

	Págs.
Reseña de las tareas y estado de la Sociedad Geográfica de Madrid, por D. Rafael Torres-Campos.....	297
Dictámen de los revisores de cuentas.....	304

Catálogo de las obras ofrecidas á la Sociedad.....	129 y 291
--	-----------

Índice de las materias contenidas en el tomo XVI.....	453
---	-----

LÁMINAS.

Estrecho de Gibraltar.....	222
Mapa del Océano Atlántico Septentrional.....	230



